



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA
División Ciencias Sociales y Humanidades

CULTURA POLÍTICA Y PARTICIPACIÓN ELECTORAL

“LAS PAUTAS DE COMPORTAMIENTO EN LA COYUNTURA ELECTORAL”

Tesina que presenta el alumno

Montes Silva Carlos Mauricio

para concluir los estudios de la
Licenciatura en Ciencia Política

Asesor:

Dr. Leonardo Valdés Zurita

:

octubre 1996

Índice

Justificación	3
Coordenada temporal	5
Coordenada espacial	7
Objetivos	9
Pregunta central de la investigación	9
Capítulo I Marco Teórico	
1.1 Cultura Política	10
1.1.1 Consideraciones teóricas	10
1.1.2 Análisis del enfoque y definición	14
1.1.3 Tipología y distribución de las culturas políticas	16
1.1.4 Socialización de la Política	20
1.1.5 Agentes de socialización	21
1.2 Opinión Pública	23
1.2.1 Cultura política y opinión pública. Dos planos conceptuales	25
Capítulo II Establecimiento del Escenario	
2.1 La Cultura Política en México	28
2.1.1 Antecedentes	28
2.1.2 Rasgos en la cultura política	29
2.1.3 Revolución y cultura	32
2.1.4 México: súbdito participante, ambivalente y aspiracional	35
2.2 Dinámica de la participación	37
2.2.1 Las bases de la participación política en México	37
2.2.2 Participación Electoral	41
2.2.3 Abstencionismo	42
Capítulo III Cultura Política y Coyuntura Electoral	
3.1 Instrumentos de medición	45

3.1.1	Estudios de opinión en México	45
3.1.2	D.F: Cultura política y elecciones	48
3.2	Pautas de comportamiento en 1991	49
3.2.1	Instrumentos para el análisis	49
3.2.2	Conocimiento e interés sobre la política	50
3.2.3	Tendencia política	
3.2.4	Conocimiento electoral	53
3.2.5	Importancia del voto	55
3.2.6	Credibilidad en las elecciones	56
3.3	Cultura política y coyuntura electoral 1994	58
3.3.1	Contexto electoral	58
3.4	Patrones de comportamiento en 1994	59
3.4.1	Interés por las elecciones	59
3.4.2	Conocimiento político electoral	61
3.4.3	Confianza en los candidatos	63
3.4.4	Limpieza electoral	65
3.4.5	Violencia electoral	66
3.4.6	Intención del voto	67
	Conclusiones	70
	Bibliografía	73

Justificación

En los últimos años, la enorme producción de artículos, ensayos e investigaciones realizadas con cierto rigor científico, han hecho referencia a la transición política de México. Un número considerable de estos trabajos, ha resaltado el peso específico que tiene la cultura política en tal proceso.

El término conduce al terreno de la subjetividad, no sólo en lo que se refiere a su definición, sino también al campo de los aspectos que comprende. Sin embargo, el hecho de que se hable insistentemente sobre él tema, aún cuando no se haya precisado y comprendido en su totalidad, indica la posibilidad de que nuevos elementos se hayan integrado al debate, pero también es posible que se trate de la manifestación de algunos cambios en las actitudes y percepciones de los mexicanos frente a la política.

En este sentido, observamos que la recurrente presencia del concepto de cultura política habla de una necesidad y responde a una serie de acontecimientos políticos que de alguna manera han trastocado parte de los intereses, valores y comportamientos de los ciudadanos. Esto indica hasta cierto punto, modificaciones en las pautas de conducta ciudadana frente a la política, suponiendo que se han superado las tradiciones más arraigadas que permanecían en este terreno y que impedían una participación más decidida de los mexicanos en los asuntos políticos.

Por ello, analizar los patrones de comportamiento de los mexicanos en este ámbito, significa atender un terreno, que si bien tiene varios antecedentes, la producción en esta materia, es todavía insuficiente para responder a los cuestionamientos que han surgido respecto.

Entre los trabajos que han analizado los valores y creencias de los mexicanos en torno a la política, surgieron hacia la primera mitad de este siglo, "El perfil del hombre y la

cultura en México” de Samuel Ramos y “El laberinto de la soledad” de Octavio Paz,¹ estos intentaron un acercamiento en forma literaria, antropológica y hasta cierto punto psicológica, al análisis de los atavismos y vicios que “son inherentes al ser mexicano”.

Sin embargo, estas premisas -por demás interesantes- nos condenaban casi de manera definitiva a desarrollarnos como nación, bajo una serie de características limitativas y exclusivas a los mexicanos, ayudando a justificar los rasgos autoritarios del sistema político mexicano en aquellos tiempos.

Describían el contenido de la cultura política mexicana en términos de paternalismo, personalismo, individualismo, apatía ciudadana, miseria cívica, desconfianza, ignorancia política y no participación como producto de la conquista española y sus secuelas centralistas.²

Posteriormente los estudios empíricos aportados por Robert Scott (Mexican Government in Transition, 1959) y de Gabriel Almond y Sidney Verba (The Civic Culture, 1963),³ representan las primeras aportaciones de la ciencia política norteamericana y de política comparada sobre el caso mexicano.

Una de las contribuciones de estas obras, es el hecho de que abrieron el debate sobre el tema, exponiendo y aportando nuevos elementos para el análisis. Pero sobre todo, establecieron que la apatía y el conformismo de los mexicanos no son producto de una debilidad congénita ante la autoridad, sino en todo caso, son respuesta a las necesidades de una régimen político que ha establecido mecanismos para hacer de la “no participación” un factor de estabilidad.⁴

¹ véase Ramos Samuel, *El Perfil del Hombre y la Cultura en México*
Paz Octavio, *El Laberinto de la Soledad*

² Lamoyi V. Sebastián “Introducción a la Cultura Política” *ELECTOR* p. 6

³ véase Almond Gabriel y Verba Sidney *THE CIVIC CULTURE*

⁴ Lamoyi V. Sebastián, op. cit. p. 7

Por otra parte, los procesos electorales en México durante los últimos años, han ido cobrando interés no sólo para los analistas y periodistas abocados al sistema político mexicano, sino también para los propios ciudadanos quienes son el elemento natural de dicho evento.

Es así, que el estudio de la cultura política en la coyuntura electoral resulta pertinente, toda vez que han sido las elecciones el evento que recientemente ha revelado ciertas variables que proponen la existencia de modificaciones en el campo de la cultura política.

Coordenada Temporal

El balance general de los procesos electorales en los últimos diez años, indica además de un aumento considerable en la participación de la población, modificaciones en la forma como ésta, toma parte en los asuntos políticos, asimismo; la aparición de numerosas organizaciones sociales y políticas dan cuenta de la búsqueda generalizada de espacios de participación.

Las elecciones federales del 6 de julio de 1988, revelaron con gran nitidez el papel de la sociedad en el terreno electoral y su trascendencia en la vida política; dichos comicios, fueron como Soledad Loaeza ha expresado respecto a las elecciones en la década de los ochenta, una especie de insurrección electoral, que ha puesto en graves problemas al régimen y ha dejado ver un severo cuestionamiento al sistema político.⁵

La coyuntura electoral de ese año, permitió a los actores políticos y a la ciudadanía en su conjunto, llevar a cabo una participación de características y dimensiones inéditas hasta el momento, Sin embargo los comicios federales posteriores -1991 y 1994-, son dos experiencias que permitieron observar el avance de los instrumentos

⁵ Loaeza Soledad, *El Llamado de las Urnas* p.

electorales tanto legales como políticos que surgieron como respuesta después de la caída del sistema en 1988.

El proceso electoral de 1991 probó el funcionamiento del sistema después de la rebelión electoral, por que de manera general se llevó a cabo en “términos de normalidad”, con un escenario político más estable, el cual contó con un espectro partidista más definido, y donde cada una de las fuerzas políticas que contendieron, ofrecieron su oferta política y pudieron medir de manera más objetiva su fuerza y cobertura entre la ciudadanía.

En las elecciones presidenciales de 1988, la participación de candidatos carismáticos, paralelamente a la formación de coaliciones a nivel nacional así como la escisión de un grupo del partido mayoritario, fueron algunos factores que otorgaron a ese proceso electoral un ambiente de competitividad y tentativamente favorecieron la irrupción de una nueva etapa de participación.

La elección federal tres años después, se dio con una configuración política muy diferente, debido entre otras cosas a la integración plural del congreso y a la participación del Partido de la Revolución Democrática, que asistía por primera ocasión a una elección federal.

En su momento las elecciones de 1994, probaron en otro contexto el comportamiento del sistema político frente a novedosos elementos de poder.

La aparición de la violencia política que encarno en el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el asesinato del candidato a la presidencia de la república del partido revolucionario Institucional, así como la política del rumor que generó infinidad de especulaciones, hicieron de dicho proceso un evento particularmente complejo, lo que no impidió sin embargo que se observara como una

de las elecciones más vigiladas, competitivas y participativas en la historia contemporánea.

Otros elementos que nutrieron el ambiente en ese momento, se centraron en la participación de los partidos de oposición, y las organizaciones no gubernamentales que presionaron para sancionar algunas reformas al código en materia electoral, asimismo, los medios masivos de comunicación y el debate entre los candidatos presidenciales contendientes de los tres principales partidos políticos, lograron centrar toda vía más la atención de los ciudadanos en la contienda de ese año.

Estudiar las pautas de comportamiento de los habitantes del D.F. en el marco del concepto de cultura política y en estos dos momentos electorales (1991-1994), intenta detectar la variables que determinan las tendencias en la conducta y explicar si dichas variables corresponden a la cultura política.

Coordenada Espacial

La investigación aísla a los habitantes del Distrito Federal, considerando que la ciudad capital es el centro de las actividades políticas del país, y es en consecuencia el escenario donde los principales actores políticos actúan y ven reflejados en la sociedad sus propósitos de manera más clara como quizá en ningún otro punto del territorio nacional.

El régimen diseñado por la Constitución, ha otorgado a la capital del país características políticas particulares, que la hacen diferente a las demás entidades federativas.

El ser una ciudad burocrática y el lugar del Presidente, hacen que su dinámica sobrepase su límite geográfico, lo que en muchas ocasiones propicia que lo que ocurra en el D.F. influya y se dimensione a nivel nacional.

En este sentido, la atención política que se tiene sobre el centro del país, aunado a la particular designación de sus gobernantes, da cuenta de por que este punto ha sido el escenario de grandes movimientos de oposición electoral, sobre todo por lo que toca a la lucha por la presidencia de la república.⁶

Por otra parte, el Distrito Federal es el plano donde se han manifestado con mayor nitidez los fenómenos producto de la modernización económica, que ha sufrido el crecimiento urbano, visto ampliada su infraestructura, que cobijó el surgimiento y expansión de la clase media que ha tomado parte en los cambios y donde en suma, la diferenciación estructural se ha manifestado.

Asimismo, la experiencia electoral de 1988 propició en buena medida, que se observara a la capital del país como un termómetro que indicó en su momento la magnitud de los acontecimientos, puso de manifiesto que la ciudad más importante, había dado una significativa muestra de participación que cuestionó y en muchos casos rechazó la continuidad del régimen en el poder.

No puede sesgarse el hecho de que es el Distrito Federal, donde la socialización de las informaciones y valores políticos se propagan con mayor rapidez, donde se encuentra la población mejor informada, con mayor nivel de educación y más sensible al cambio, lo que supone considerar a las clases medias en este análisis.

Ya que después de un largo periodo de estabilidad, “las clases medias empezaron a manifestar inquietudes y descontentos frente al sistema político, sobre todo a raíz del dramático fin de fiesta de 1982”.⁷

⁶ Peschard Mariscal Jaqueline, “Carta Político-Electoral de México 1987-1994” parte III en *Excélsior* julio 8 1994 p. 1

⁷ Loeza Soledad op. Cit. p.

Objetivos

- Establecer y analizar el marco teórico relacionado con el concepto de cultura política
- Analizar otros conceptos relacionados como el de opinión pública y participación
- Analizar con base en el marco teórico, los rasgos que han definido la cultura política en México.
- Analizar los estudios de opinión realizados con motivo de las elecciones federales de 1991 y 1994.
- Analizar las pautas de comportamiento de los ciudadanos del Distrito Federal en torno a la política manifestadas durante las elecciones federales de 1991 y 1994.

Pregunta central de investigación

Desde la perspectiva de la cultura política, cuales han sido las pautas de comportamiento de los ciudadanos del Distrito Federal, en el contexto de los comicios federales de 1991 y 1994.

Hipótesis

En el marco de los procesos electorales han aparecido nuevos elementos que probablemente indican modificaciones en los patrones de conducta y en los rasgos que han definido a la cultura política en México.

La coyuntura electoral de México, ha permitido observar la aparición de rasgos culturales en el comportamiento de los ciudadanos del Distrito Federal en torno a la política, y particularmente han determinado algunos cambios en el terreno de los procesos electorales en 1991 y 1994.

CAPITULO I

Marco Teórico

1.1 Cultura Política

1.1.1 Consideraciones Teóricas

A partir de la publicación en 1963 de THE CIVIC CULTURE, por Gabriel Almond y Sidney Verba, la noción de cultura política ha ocupado un lugar importante dentro de la ciencia política. Es un concepto relativamente nuevo que retoma, aclara, sistematiza y operacionaliza con nuevos métodos de análisis, el significado de elementos teóricos utilizados antes en el pensamiento occidental.⁸

Platón por ejemplo, parece ser el precursor más importante en este análisis con su aportación sobre cuáles son los deberes y obligaciones del Estado en el proceso de socialización del niño griego. También Aristóteles es a juicio de Almond, un politólogo culturalista, ya que además de otorgarle importancia a las variables político-culturales, observó de manera explícita su relación con las variables de estratificación social.

Asimismo, existen muchos otros conceptos clásicos del pensamiento occidental, abordados bajo nuevos métodos de investigación sobre cultura política.⁹ Las nociones de ideología política, del espíritu del pueblo de Herder; el espíritu de las leyes de Montesquieu; la psicología de las naciones, en la Democracia en América, de Toqueville, son solo algunos modelos que indican como el objeto de estudio de las nuevas investigaciones de la cultura política ha permanecido dentro de la teoría política.

Sin embargo, el concepto de cultura política surge a principios de la década de los años sesenta dentro de la ciencia política, e intenta explicar los problemas empíricos

⁸ Gil Villegas Francisco, "La Cultura Política Estado Actual del Debate" Ponencia en *Folios de Prospectiva y Proyección Nacional*, IEPES/PRI febrero 1990 p.

⁹ Gil Villegas Francisco, *ibid* p.

conductistas y ser una alternativa que acerque el nivel del micro-análisis, ocupado en las interpretaciones psicológicas del comportamiento político del individuo, y el nivel del macro-análisis, que utiliza las variables propias de la sociología política. En este sentido, es un intento por integrar al ámbito del análisis político, a la psicología moderna con sus aportaciones, y a la sociología con sus novedosas técnicas para la medición de patrones de comportamiento vigentes en la sociedad.

Dicho en otros términos, la cultura política es el producto de la historia del sistema político y de sus miembros, y por ello, está asentada en los acontecimientos públicos y en la experiencia privada; en este sentido, el desarrollo del concepto es un intento por llenar el vacío existente entre la interpretación psicológica del comportamiento político individual, y el enfoque macro-sociológico¹⁰. Representa en consecuencia, un intento de estudiar al sistema político de manera integral sin perder de vista las ventajas que aporta un conocimiento de la psicología individual.

En esta virtud, la noción de cultura política alude a un contexto mucho más específico y eminentemente político que el cubierto por otros conceptos, como el carácter nacional y opinión pública, aunque si bien es cierto, ambos complementan o son parte en la construcción de rasgos culturales.

Asimismo, intenta explicar como se conforma y organiza políticamente una sociedad, definiendo además cuales son sus procesos de cambio.

Ahora bien, es importante considerar que debido a la excesiva utilización del concepto y a que su referencia se ha extendido, es conveniente rescatar su significado; toda vez que se ha transformado en una especie de “eslabón perdido” al que comúnmente se recurre para explicar y responder a prácticamente todo.¹¹

¹⁰Dowse E. Robert y Hughes A. John, *Sociología Política* Alianza Universidad, Madrid 1990 p.284

¹¹Pye W. Lucian, *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales* v.3 Aguilar, España p. 328

La cultura política no es entonces un concepto del sentido común; es por el contrario, un concepto teórico introducido en la ciencia política por medio de la corriente estructural funcionalista de la teoría política comparada. De tal suerte, que es menester distinguir el uso político del término de su uso científico.

El término utilizado en el discurso político en México, hace alusión a los valores, actitudes y compromisos del individuo con la política y las instituciones.¹² El manejo que hace el gobierno del concepto, cuando habla de alentar una nueva cultura política, representa un avance en la forma como éste se dirige a la ciudadanía, ya que fomenta un mayor conocimiento de los valores que dirigen el que hacer político.

Por otra parte, la cultura política dentro de la ciencia, tiene una aplicación muy rigurosa; ya que intenta retomar la disciplina política más empírica y menos valorativa o axiológica. De tal manera que el término es una herramienta heurística en manos de los científicos sociales, con una definición precisa y un papel teórico en el ámbito del enfoque de la política comparada.¹³

También, es necesario considerar que la construcción de un objeto de conocimiento, atraviesa por una serie de conceptos que tienen por objetivo explicar las causas y responder a preguntas, en torno a ciertos fenómenos del campo sociológico.

Es por ello que la expresión "cultura política" no conduce necesariamente, de manera directa y automática, a ningún dato empírico que explique en forma única la realidad.

La cultura política no puede ser vista como un factor que mantiene una relación superficial con el sistema político, pues es a partir de esa relación, que éste cobra significado para los miembros de la sociedad¹⁴, es por esto, que cuando hablamos de

¹²Gil Villegas Francisco, *op. cit.* p

¹³Lamoyi V. Sebastian, "Introducción a la Cultura Política en México" en *Elector* número 2, año 1, México marzo 1994, p. 5

¹⁴Gutiérrez Roberto, "El campo conceptual de la Cultura Política" en *Argumentos*, núm. 18, México UAM-X, abril 1993 p. 73 -74

la cultura política, nos referimos a como es interiorizado el sistema político por la población a través de elementos cognitivos, sentimientos y evaluaciones.

El intento por delimitar científicamente el concepto de cultura política, ha reflejado el esfuerzo por aplicar una forma de análisis, al estudio de problemas tradicionales como el de ideología política, nacionalismo, soberanía y en el caso de países como el nuestro, concretamente de como la función modernizadora y de desarrollo político tiene correspondencia con los principios revolucionarios y el desarrollo mismo.

La multicitada obra de Almond y Verba, sin duda alguna representa un esfuerzo pionero por operacionalizar en un ámbito de política comparada, la definición del concepto de cultura política. El impacto que tuvo este trabajo no sólo en los Estados Unidos, sino también en Europa y América Latina, obedeció a tres razones fundamentales.¹⁵

La primera, por que significó el primer paso en la exploración empírica mediante la utilización de novedosas formas de muestreo y encuestas, estableciendo relación entre cultura política y diferentes formas de gobierno.

En segundo lugar, por su marco teórico, que conjuntó de manera sistemática el estudio de las bases psicológicas de la política con las del sistema político.

Y en tercer lugar, por que su proyecto de investigación contenía un carácter explícitamente comparativo, el cual aplicó la misma metodología a diversos sistemas políticos, incluido entre ellos el de México, que sentó las bases para una nueva forma de llevar a cabo una investigación de política comparada.

Sin embargo, aunque tanto se ha hablado de los alcances de esta obra, los resultados de la investigación no fueron aceptados plenamente, de cualquier forma THE CIVIC

¹⁵Gil Villegas Francisco. op. cit. p 8

CULTURE ha sido desde su publicación, el punto de referencia casi obligado para los interesados en el análisis de política comparada y en especial del fenómeno de la cultura política.

Hasta hace poco más de 30 años, el debate sobre la cultura política en México se había limitado a los ensayos de Samuel Ramos y Octavio Paz, “La Cultura y el Perfil del Hombre en México” y “El Laberinto de la Soledad” respectivamente. La obra de Almond y Verba ayudó a que la discusión al respecto, se trasladara al campo de los estudios empíricos¹⁶, fundamentados en proyectos de investigación, diseñados para analizar las actividades y las formas de socialización de los mexicanos que influyen en la participación política.

Las manifestaciones y expresiones de la población respecto al sistema político, son parte de la cultura política y tienen impacto en los resultados electorales, por ello, lo peor que podría pasar, sería restarles importancia.

De tal suerte que el nuevo proyecto de investigación de la cultura política en México deberá considerar muchos otros factores que los autores de la obra pionera no pudieron tomar en cuenta.

1.1.2 Análisis del enfoque y definición

A lo largo de la historia diversos investigadores se han ocupado de estudiar y definir las características de las sociedades, analizando no solo sus instituciones, sin también sus actividades, creencias, aspiraciones, las normas, las tradiciones y los valores que de manera especial otorgan significado a su vida política.

Todos estos aspectos, aunque ciertamente poco o nada tangibles en el ámbito de la dinámica política de una sociedad, se han articulado en el concepto de “cultura política”; el cual refiere al conjunto de actitudes, normas, creencias y símbolos

¹⁶ Gil Villegas Francisco, op. cit. p p. 9 -10

identificados de manera similar por los miembros de una sociedad, y que tiene como objeto fenómenos políticos.

En este sentido los conocimientos, pero sobre todo su distribución o socialización entre los individuos, relacionados con la autoridad o las instancias de poder que operan en un determinado contexto, son parte de la cultura política.¹⁷

Tal como la definen Almond y Powell¹⁸ es el patrón de actitudes individuales y de orientación hacia la política para los miembros de un sistema político; es el aspecto subjetivo que subyace en la práctica política y le da significado.

El término alude a las orientaciones específicamente políticas, actitudes hacia el sistema político y sus partes, pero también hacia el papel del individuo en el sistema.

Almond y Verba en su obra emplean el término por dos razones; en principio por que pretenden definir la relación entre actitudes políticas y no políticas y modos de desarrollo; pero también porque utilizan un marco conceptual paralelo a los enfoques de la antropología, sociología y la psicología.

Así, el concepto de cultura política en *The Civic Culture*¹⁹, es el conjunto de orientaciones específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como actitudes con relación al rol del individuo dentro de dicho sistema.

Se define a la cultura política de una nación, como la particular distribución de las pautas de orientación hacia objetos políticos entre los miembros de dicha nación, en tanto que para esto, explican modos de orientación política y las clases de objetos políticos.

¹⁷ Bobbio Norberto, *Diccionario de Política*, v. 1, Siglo XXI, México 1991

¹⁸ Almond G. A. Y Powell G. B., *Política Comparada*, Paidós, Argentina, 1972, p. 50

¹⁹ vease Almond y Verba *La Cultura Cívica*, p. 31

Este planteamiento para Dowse y Huges,²⁰ supone la existencia en cualquier sistema político de un reino subjetivo y ordenado de la política, donde cobran sentido las decisiones, la disciplina y las instituciones; asimismo los actos sociales pueden tener referencias para el comportamiento político. Para el conjunto de la sociedad, representa un sistema de valores y normas que proporcionan una determinada lógica al funcionamiento de las instituciones y organizaciones que interactúan.

Asimismo la conducta de los individuos aporta indicios significativos respecto al tipo de orientaciones con que esta asociada.²¹

La cultura política comprende un conjunto de fenómenos que pueden identificarse y hasta cierto punto ser medidos. La opinión pública y las encuestas por ejemplo, son instrumentos empleados para medir tales fenómenos en sectores amplios de la sociedad.

Los sondeos de opinión y las técnicas psicológicas proporcionan información sobre casos particulares; las declaraciones públicas, discursos y escritos, los mitos y leyendas pueden también aportar informaciones sobre las características de los patrones de cultura política.

1.1.3 Tipología y distribución de las culturas políticas.

Almond y Verba elaboraron una tipología de las culturas políticas, mediante la combinación de los tipos de orientaciones personales, y los objetos o fines de esas orientaciones.

Este esquema plantea la existencia de tres orientaciones que provienen de la aportación teórica de Talcot Parsons y que están dirigidas a objetos políticos:

²⁰ Dowse y Huges, op. cit. p. pendiente

1.- Orientaciones Cognitivas: que contienen un conocimiento de las reglas, roles, productos y estructuras del sistema político.

2.- Orientaciones Afectivas: que involucran los sentimientos sobre el sistema, sus reglas, roles y productos.

3.- Orientaciones Evaluativas: engloban juicios respecto a los objetos políticos que suponen el uso de los valores, información y sentimientos.

A partir de la conciencia de los objetos políticos y su significado para las actividades individuales, los autores definieron tipos de cultura política.²²

Cultura política parroquial o localista Las orientaciones del ciudadano respecto a los objetos políticos son en extremo débiles, evadiendo su relación con las instituciones públicas a nivel nacional y con los acontecimientos políticos nacionales, toda vez que no se consideran afectados por estos.

Los individuos parroquiales manifiestan un insignificante conocimiento del sistema político y sus partes.

Cultura política súbdito El ciudadano si es consciente del sistema político y sus productos; como bienestar, aplicación de leyes, servicios públicos, etc., pero no desarrolla su capacidad para canalizar sus demandas a través de las instituciones y por ello adolece de eficacia política.

Los ciudadanos orientados al sistema político poco se interesan en afectar o influir en las decisiones políticas del gobierno.

²¹ Almond y Powell, op. cit. p. 51

Cultura política participante El ciudadano es plenamente consciente del sistema político en su conjunto y de su funcionamiento, y es común es su participación directa y constante, lo que supone la existencia en estos individuos del sentido de eficacia política para influir y comprometerse en la elaboración de demandas y la toma de decisiones.

Ahora bien, ha sido posible clasificar las culturas políticas de acuerdo a la proporción de individuos parroquiales, súbditos y participantes en una sociedad, para hablar de tres culturas o subculturas políticas mixtas.

Cultura Política Localista-Súbdito El ciudadano se libera del entorno político absolutamente local y empieza a involucrarse de alguna forma con las instituciones gubernamentales más especializadas, aún cuando continua siendo débil su sentido de eficacia política. Asimismo, los partidos políticos y los grupos de presión no están suficientemente desarrollados.

Cultura política súbdito participante Se conforma fundamentalmente por dos grupos; uno relativamente importante de ciudadanos políticamente conscientes y activos, y otro mucho más amplio, que se caracteriza por ciudadanos apáticos.

Los individuos conscientes del sistema político son sensibles a todo tipo de fenómenos políticos y se sienten o son capaces de influir en el.

Cultura política localista-participante Las instituciones políticas tienen un carácter relativamente local, en tanto que las instituciones administrativas nacionales se encuentran desarrolladas, y hay un estímulo oficial para la participación popular en la política, vía concentraciones masivas, enarbolando el nacionalismo, las mismas elecciones, etc.²³

²² Dowse y Hughes, op. cit. pp. 285-286

Considerando lo anterior, no es correcto pensar que la cultura política deba ser necesariamente homogénea, sino por el contrario, puede estar configurada con el predominio de una sobre otra. Esto supone la existencia de grupos orientados hacia determinados aspectos, es decir, existe la posibilidad de la existencia de subculturas políticas de manera más o menos independiente a la cultura política dominante o nacional.

Estas subculturas pueden tener un gran significado si observamos la organización estructural de la sociedad. Sin embargo, cuando esa organización estructural de la sociedad es cuestionada por una escisión o ruptura, el estado emplea la fuerza para imponer el orden.

Cultura Cívica Es una cultura mixta que combina aspectos modernos con otros tradicionales, y concibe al ciudadano lo suficientemente activo en la política para poder expresar sus preferencias frente al gobierno, se siente capaz de influir en él, aunque comúnmente prefiere no hacerlo.²⁴

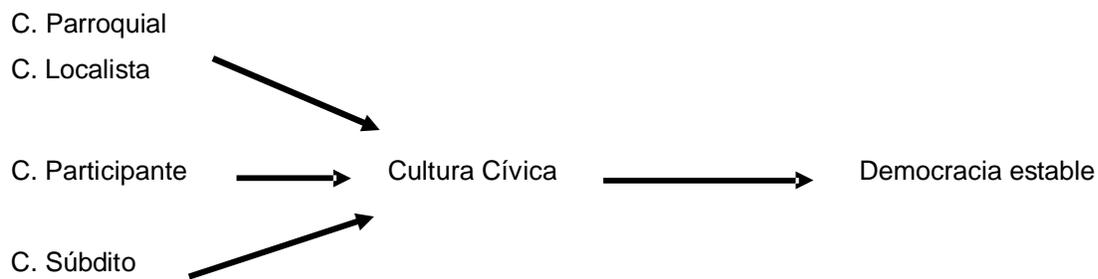
Este modelo de cultura política supone la existencia de individuos activos e interesados, pero al mismo tiempo responsables y solidarios para mantener estable el sistema democrático.

La cultura cívica concibe al gobierno democrático como aquél en el que pesan las demandas de la población, pero que también garantiza el ejercicio pacífico y estable del poder.

El diagrama que representa la teoría de la cultura cívica de Almond y Verba se muestra a continuación:

²³ Dowse y Hughes, *ibid.* p. 287

²⁴ Peschard Mariscal Jaqueline, *La Cultura Política Democrática*, Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática núm. 2, IFE México 1994, p. 22



Fuente: Peschard Mariscal Jaqueline, La Cultura Política Democrática, p. 22

1.1.4 Socialización de la política

El proceso por el cual las culturas políticas se mantienen y cambian se denomina socialización política. Los individuos al desarrollar actividades o funciones específicas se insertan dentro de la cultura política y de esa manera se forman sus orientaciones hacia los objetos políticos.

La socialización es permanente y produce cambios en los patrones de comportamiento de la cultura política.²⁵

La socialización política hace referencia a cómo, que y cuando aprende la población los conocimientos acerca de la política, por eso alude a un proceso eminentemente cultural, toda vez que intenta integrar al individuo en su sociedad, al hacerlo participe del código de valores y actitudes que en ella son dominantes.

La socialización política es el enlace entre las orientaciones de una población hacia los procesos políticos y las normas que el sistema define como las pautas de su desempeño. Es la adquisición de una tendencia hacia un determinado comportamiento sancionado por un grupo, junto con el rechazo a disposiciones hacia una conducta negativa para un grupo.

Es en síntesis, el mecanismo por el que se hace permanente la cultura, siempre que fomentan su reconocimiento, refuerzan su legitimidad.

El proceso de socialización opera durante toda la vida del individuo, sus actitudes no se establecen únicamente en la niñez y para siempre, de la misma forma que no se mantienen estáticas después de los 10 años, sino que son susceptibles de modificarse y se confirman a medida que el individuo vive diversas experiencias sociales.²⁶

El objeto de la socialización es hacer que los individuos identifiquen y acepten la estructura normativa y política de la sociedad, y su función adopta dos modalidades consecuentemente con el tipo de instituciones que las realiza:

La modalidad manifiesta involucra la difusión de valores y sentimientos sobre los objetos políticos, a través de estructuras secundarias como los partidos políticos, los grupos de presión y los medios de comunicación.

La modalidad latente refiere a la transmisión de actitudes no políticas que determinan las actitudes hacia los roles y objetos que componen el sistema político, este tipo de socialización es importante sobre todo durante las primeras experiencias del individuo. Esta forma de socialización la ejercen estructuras primarias como la familia, la escuela, el trabajo, los círculos de amistades, así como los llamados grupos de pares.²⁷

1.1.4.1 Agentes de socialización

Ahora bien, lo que con mayor fuerza determina el cambio de valores, símbolos y orientaciones de una sociedad es la amplitud de nuevas ideas; el grado en que dichas ideas se exponen al individuo, el prestigio que tengan las ideas en cuestión y la

²⁵ Almond y Powell, op. cit p. 62

²⁶ *ibid.*

²⁷ Peschard Mariscal, Jaqueline, op. Cit. pp.42-43

influencia que pueda tener el agente socializador, en virtud de que no sólo son importantes los valores que se socializan, sino también quien los enseña.

Todo sistema político se caracteriza por que distribuye valores de diverso tipo y esto es aceptado por la sociedad de manera general y obligatoria.

Un sistema político sobrevivirá toda vez que tenga la capacidad para transformar los insumos del exterior en respuestas eficaces, ya que constantemente enfrenta nuevos retos e incluso alteraciones con diferente grado de riesgo.

En este sentido, su capacidad de adaptación supone que de manera recurrente realice modificaciones de conducta con el fin de lograr su permanencia, que sin embargo no debe confundirse con mantenimiento.

La familia es la primera estructura que transmite informaciones y valores al individuo, y por eso tanto las orientaciones latentes como las manifiestas transmitidas en las primeras etapas de su vida resultan ser fundamentales. Así por ejemplo, las actitudes de los adultos al interior del seno familiar hacia el sistema político, ejerce gran influencia sobre los niños.

Otra influencia poderosa en el proceso de socialización, es la estructura escolar, toda vez que las personas que han obtenido alguna instrucción académica, son más conscientes del impacto de la acción gubernamental, pueden interesarse más y captar mayor información de la política.

La escuela contribuye también a transmitir en los niños y jóvenes el modelo y las actitudes que deben mostrar frente a las reglas del juego político.

Pero si bien es cierto que la familia y la escuela son los agentes que participan en forma más directa en el proceso de socialización, existen otras fuentes de transmisión

de informaciones y valores hacia la política, como por ejemplo los centros de trabajo o los empleos, asimismo las organizaciones relacionadas a éstos como sindicatos o los clubes sociales.

Asimismo el peso que tienen los medios masivos de comunicación en la conformación de actitudes y valores es en nuestros tiempos determinante, ya que adicionalmente de emitir informaciones de contenido político, producen un efecto de largo plazo al formar en los individuos tendencias e ideas que conforman corrientes de opinión política y pueden aportar al régimen un gran apoyo.

Finalmente sobre este rubro, es necesario señalar que el participar directamente en el sistema político, es también un agente de socialización.

1.2 Opinión Pública

A medida que la opinión pública ha adquirido reconocimiento en diversos ámbitos, el concepto ha sido estudiado por politólogos, sociólogos, psicólogos, historiadores y hasta especialista en mercadotecnia.

Por ello, los diferentes enfoques deben entenderse en el contexto e intereses particulares de quienes abordan o manejan la opinión pública.²⁸

Sin embargo, los especialistas en el tema coinciden en definirla como la suma de opiniones individuales con motivo de algún tema de interés general, que puede ejercer cierta influencia en el comportamiento de un individuo, un grupo o el gobierno mismo.²⁹

Los instrumentos de medición aplicados en la investigación social, como las encuestas por muestreo o los sondeos de opinión, han contribuido a precisar este concepto, y podemos agregar que la opinión pública en el marco de esta investigación, es la

²⁸ vease W. Philips Davison *ENCICLOPEDIA INTERNACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES* p. 454

distribución de opiniones personales sobre temas públicos y es una expresión de la relación entre el proceso de formación de un estado de opinión y el proceso político en una sociedad determinada.

Ahora bien, este concepto comprende un tipo de componentes estructurales propios de la cultura política, factibles de modificarse en lapsos de tiempo relativamente cortos y que están condicionados por las corrientes de opinión.

De manera coyuntural estos componentes se encuentran ligados a discusiones sobre diversos temas, como por ejemplo la actuación de un líder político, la escisión de un partido político, la adopción de una iniciativa gubernamental o las circunstancias que confluyen en un proceso electoral, pueden producir reacciones determinantes a corto plazo para la estabilidad de una sociedad, o de manera más específica estos factores pueden decidir el resultado de una determinada contienda electoral.

En México se ha observado que la opinión pública ha jugado un papel importante en los procesos electorales recientes, si no de manera contundente si por lo menos ha contribuido en presentar un escenario y en ambiente específico, que ha aportado nuevos elementos de análisis.

Los medios electrónicos de comunicación como el radio y la televisión, se han constituido en buena medida en poderosos vehículos formadores de opinión, no sólo por lo que a los propios comunicadores se refiere, si no también por la gran cantidad de informaciones que de alguna manera proyectan determinadas ideas a los consumidores.

²⁹ ibidem.

1.2.1 Cultura Política y Opinión Pública: dos planos conceptuales

Para efectos de esta investigación, resulta pertinente precisar no solamente los conceptos aislados de cultura política y opinión pública, sino también y de manera especial, hacer una reflexión en torno a la relación que ambos elementos guardan.

En principio debido a que ambos términos dentro de su campo, se ocupan de las variables subjetivas de los fenómenos políticos, no obstante que la opinión pública pueda ocuparse también de otro tipo de aspectos como la mercadotecnia o la publicidad.

Pero además, porque dicha relación involucra al problema de cómo una cultura política determinada se modifica.

En consecuencia, habrá que distinguir lo que corresponde a uno y otro concepto, y observar con claridad el campo de cada uno de ellos.

Mientras la cultura política alude a pautas de comportamiento reafirmadas en diversas experiencias a través del tiempo, y que han podido transmitirse mediante largos procesos de socialización, no obstante que incorpore nuevos valores e interpretaciones de la realidad; la opinión pública por su parte, presenta elementos estructurales que pueden ser modificados en lapsos de tiempo relativamente cortos, al calor de un momento coyuntural y que en ese sentido resultan ser opiniones altamente sensibles a las diferentes ofertas de reinterpretación aportadas por líderes y medios formadores de opinión.

Esta diferenciación resulta intangible en la realidad cotidiana, ya que el escenario político y social lo que ocurre es un constante flujo de opiniones, actitudes, orientaciones y comportamientos emitidos por cada uno de los actores políticos, lo que dificulta la tarea de distinguir lo que corresponde a cada plano conceptual.

Ponderar las pautas establecidas, transmitidas mediante largos procesos de socialización, y los nuevos modelos de interpretación, aportados por los formadores de opinión de diferente lógica, representa un problema para el estudio de la cultura política; sobre todo por que en momentos de transición, resulta sumamente complicado saber hasta que punto los nuevos elementos significan rupturas o bien un mecanismo de adaptación de valores y hábitos tradicionales.

Ahora bien, dentro de la cultura política las percepciones, valores y hábitos son fundacionales³⁰ es decir, que acompañan al proceso político y que por lo mismo, se modifican a través de largos procesos de establecimiento de nuevas identidades.

Por ejemplo, el nacionalismo revolucionario en México ha sido un patrón cultural que durante muchos años y hasta la fecha ha marcado en gran medida, el tipo de relación entre el gobierno y la población, que a pesar del fuerte desgaste, ha sido y continúa siendo una significativa matriz político-cultural.

Por eso entendemos que la cultura política refiere a valores difícilmente removibles, en tanto que la opinión pública, a un conjunto de percepciones y juicios sobre el momento actual de la política, que se agrupan y reagrupan constantemente como resultado del enfrentamiento de los actores sociales y políticos al tratar de imponer su respectivo sistema de ideas sobre la realidad.³¹

En este sentido la volatilidad y la rapidez con que fluye la opinión pública, no se presenta de manera casual ni se encuentra inconexa, debido a que se da en el marco de una cultura política determinada.

³⁰ Gutiérrez “El Campo Conceptual de la Cultura Política” *ARGUMENTOS* UAM-A p.

³¹ vease Gutiérrez Espíndola José Luis, “Cultura política, Medios y Conflicto” en *Política*, suplemento de *El Nacional*, marzo 28, 1991 p. 9

Las posibilidades de que se incorporen elementos nuevos a la cultura política, descansa en la forma como logren mantener cierta continuidad a través de su inserción en las prácticas cotidianas de los individuos o los grupos organizados.

En consecuencia, los acontecimientos coyunturales como por ejemplo una contienda electoral, pueden representar la posibilidad, en el contexto del desgaste de algunos componentes culturales, de iniciar un proceso democratizador de la cultura política.

CAPITULO II Establecimiento del escenario

2.1 La Cultura Política en México

2.1.1 Antecedentes

Las características que de manera general han descrito la cultura política en México son: individualismo, apatía ciudadana, miseria cívica, ignorancia política, paternalismo, indiferencia y en suma, la no participación.

Si bien es cierto que este escenario puede reflejar parcialmente la realidad, no significa por ello que sean los rasgos de identidad nacional y en todo caso, son una señal del tipo de régimen que gobierna.³²

Ya hemos asentado en el capítulo anterior que el tema de la cultura política es muy general, en tanto nos remite a conceptos intangibles como son las actitudes, las creencias o los símbolos, elementos propios del dominio subjetivo. De esta manera, el estudio de una cultura política determinada, ha sido posible gracias a estudios históricos, novelas, ensayos y encuestas sociológicas.

De tal suerte, que los antecedentes de la cultura política mexicana nos remite varios siglos atrás, pero para efecto de esta investigación, haremos referencia a dos aportaciones dentro de la literatura del presente siglo:

El perfil del hombre y la cultura en México, de Samuel Ramos (1934) y *El Laberinto de la Soledad*, de Octavio Paz (1950), son las primeras contribuciones que sirvieron para formarnos una idea sobre las características culturales que nos hacen comunes a los mexicanos.

³² Loaeza Soledad El Llamado de las urnas Cal y Arena, p.94

El complejo de inferioridad del mexicano al que se refiere Ramos,³³ es la base sobre la cual explica su carácter tanto en el ámbito de lo privado como en la vida pública y política. En su opinión, la conquista y los trescientos años de coloniaje español son los factores que conforman tales rasgos; asimismo, plantea que es a partir de la independencia cuando el país busca su perfil nacional.

Por su parte, Octavio Paz describe al mexicano como un ser “rajado”, “agachón” y “pasivo”, sumiso a la autoridad, que deja aflorar un sentimiento de menor valía por ser la raza sometida.

Concretamente sobre el régimen político en México; Paz descubre el autoritarismo piramidal a partir de una analogía del ejercicio y la jerarquía de poder en Teotihuacán.³⁴

Ahora bien, la influencia que tuvieron durante mucho tiempo ambos trabajos en la percepción del mexicano, sirvieron para justificar las prácticas y rasgos del sistema político mexicano.

Pero si fuera certero el resultado de ambos análisis, los mexicanos en general estaríamos condenados a quedar atrapados irremediabilmente en el purgatorio de la democracia.³⁵

2.1.2 Rasgos en la Cultura Política

La obra que durante varios años fue más precisa en el análisis de la cultura política, por su principio metodológico, y permitió la descripción de las pautas de comportamiento del pueblo mexicano es THE CIVIC CULTURE.

³³Lamoyi Sebastian Introducción a la Cultura Política en ELECTOR p. 6-7

³⁴ Ibid. p.7

³⁵ vease Loeza Soledad, op. cit. p.

En este trabajo nuestra cultura política presenta una marcada heterogeneidad; la aspiración y la enajenación parecen ser los rasgos más claros; los ciudadanos expresan orgullo por su sistema político y por las bondades que ofrece el espacio geográfico del país, sin embargo, manifiestan insatisfacción por el comportamiento de sus autoridades, mismo que determina hasta cierto punto la indiferencia y el bajo nivel de información política.

El desinterés y un arraigado sentimiento de ineficacia política, son los rasgos que prevalece en eventos como las elecciones y las campañas electorales.

Paradójicamente, la legitimidad y el consenso que protegen al régimen político, son producto de un sentimiento difuso de adhesión, de lealtad que no forzosamente se asienta en la ejecución eficaz de políticas públicas específicas.³⁶

La inconsistencia de los agentes de socialización en México, es en buena medida responsable de que el ciudadano en general, tenga una idea imprecisa y confusa de los modos validos de acción política y una amplia gama de reacciones negativas al gobierno.

En este sentido, una de las repercusiones de la modernización, ha sido el establecimiento de valores culturales diferentes, y como consecuencia se manifiesta un conflicto por la existencia de dos subculturas nacionales que socializan al individuo conforme a patrones diferentes: el tradicional, defendido por la iglesia, la familia y la escuela, y el moderno. Según esto, una vez que los valores de la modernización hayan logrado imponerse como sistema nacional, el sistema político tendrá que responder ajustándose a las demandas de participación.³⁷

En este contexto, el gran mérito de la revolución mexicana fue haber elevado a nivel nacional a una sola cultura política, conformada por tres subculturas que se

³⁶ Loaeza Soledad, cita a Almond y Verba en El llamado de las urnas p.95-96

entrelazan, esta convivencia las lleva a compartir características entre sí, de tal suerte que pueden identificarse como distintas tendencias de una sola cultura política de carácter mixto y extensión nacional: la cultura política súbdito participante³⁸, donde conviven fundamentalmente dos tipos de individuos, sensibles a los objetos políticos nacionales: los súbditos y los ciudadanos.

Al súbdito le afecta lo que hace el gobierno, pero no le interesa por que o cómo decide hacerlo, y al ciudadano conciente de lo que hace el gobierno, influye en las decisiones que determinan su actuación, ³⁹es decir, pugna por participar activamente en el proceso de generación de insumos y productos.

La subcultura dominante, es decir, aquella que caracteriza a los mexicanos, es la súbdito⁴⁰, toda vez que la mayoría de los ciudadanos (el 75 %) es consciente del sistema político global y acepta una autoridad central colocada por encima de las autoridades locales o regionales con las que se relaciona de manera inmediata. Se conforma con consumir servicios del gobierno, asumiendo cuando mucho sus deberes al respecto, pero sin comprometerse con responsabilidades en la elaboración de demandas específicas.

Esta combinación de subculturas en México, constituye según los politólogos norteamericanos, uno de los indicios de los problemas que enfrenta el sistema cuando intenta asimilar los valores tradicionales a nuevas orientaciones que exigen actitudes abiertas al cambio.⁴¹

³⁷ Loeza Soledad *ibid.* p.96-97

³⁸ vease Peschard Jaqueline *op. cit.*

³⁹ Scott Robert, "Established" en Peschard Jaqueline, Tesis de licenciatura p. 102

⁴⁰ *ibid.*

⁴¹ Scott Robert, *ibid.* P. 103

2.1.2.1 Revolución y cultura

El sistema político mexicano ha sido estudiado en diversas ocasiones y no obstante las diferentes interpretaciones que sobre el mismo se han hecho, estas coinciden en observar a México como un país en franca transición.⁴²

Una características de México en este siglo, ha sido precisamente el cambio, resultado de rupturas y transformaciones silenciosas, y que no obstante la persistencia de la desigualdad social y las prácticas antidemocráticas o autoritarias, el país no ha sido escenario de experiencias totalitarias o militaristas, como en otros países de Latinoamérica.⁴³

Ciertamente los principios y valores de los mexicanos, se han ido conformando en el proceso histórico, integrando elementos primarios con otros actuales en el ejercicio de la política, articulando los intereses de la élite en el poder con las aspiraciones de la sociedad.

Este proceso ha sido sensible a diversos momentos de discontinuidad, manifestando cambios en las formas políticas y en la relación de los ciudadanos con el poder.

“México ha experimentado cambios en dos niveles que con frecuencia se confunden⁴⁴: primero en el sistema político, es decir, en las relaciones entre los actores y el juego de poder, pero también en el régimen político, es decir, en el orden estrictamente institucional. De tal forma que la revolución de 1910 fue una ruptura en el primer nivel; y en el periodo de 1920 a la fecha se han producido modificaciones del segundo tipo”.

⁴² vease Almond y Verba *La cultura Cívica* y Roger D. Hansen *La política del desarrollo mexicano*

⁴³ Soledad Loaeza. Cita a Alain Rouquié, “Changement politique et transformation des régimes” en *Les régimes politiques contemporains. Traité de Science politique*, Paris, PUF, 1985 pp. 599-634 El Llamado de las Urnas p. 19

En este sentido, la Revolución Mexicana es el fenómeno que ha dado la pauta a la sociedad para transitar de una estructura tradicional a una moderna, que incorporó al país a un proceso de transformaciones económicas, políticas y sociales, propiciando el surgimiento de una población con orientaciones más definidas, estimulando la conciencia política y con ello la participación. Pero también indujo el nacimiento de una cultura política que homogenizó el ámbito de lo nacional, cancelando el regionalismo político que prevalecía fuertemente a principios de este siglo y puso la base para que el mecanismo de la sucesión de poder pudiera manifestarse en el marco institucional.

El regionalismo y el caciquismo retardaron el desarrollo de un sentimiento nacional. Los objetivos y las políticas regionales conducidas por los jefes políticos locales, limitaron los esfuerzos tendientes a la construcción de una comunidad nacional.

Las aportaciones de la revolución, poco a poco modificaron la cultura política parroquial o localista que había caracterizado a la sociedad hasta entonces.⁴⁵ Esta era dominada por individuos carentes de vías de comunicación con el sistema político y no existía ningún interés por afectar las disposiciones gubernamentales, debido a la carencia de verdaderos espacios legales que posibilitaran la participación y la retroalimentación de la ciudadanía con el estado.

Robert Scott plantea que antes de la revolución, la sociedad mexicana en general, representaba un claro ejemplo de cultura política parroquial, dado que el 90% de la población actuaba en relación a pautas tradicionales, con sentimientos y actitudes que la apartaban del acontecer político nacional y el 10 % restante, era tan consciente del funcionamiento del sistema político que participaba directamente en la toma de decisiones.⁴⁶

⁴⁴ Soledad Loaeza op. cit. p.19

⁴⁵ Almond y Verba La Cultura Cívica p. 468

⁴⁶ vease Almond y Verba citan a Robert Scott ibidem. p. 561

Por su condición, no era común que los ciudadanos en 1910 opusieran demandas al sistema político, tradicionalistas en general, conservadores en sus principios y con una marcada tendencia regionalista, se sentían satisfechos con una vida aislada.

Roger D. Hansen ha dicho que este sector hizo peligrar la estabilidad política desde fines del siglo XIX, debido a que sus instituciones y valores tradicionales, con el movimiento deslindador empezaron a destruirse.⁴⁷

Sin embargo con un marco legal diferente, el cual otorgó más libertades, derechos y obligaciones a los ciudadanos, se observó el surgimiento de una cultura política de rasgos diferentes, de tipo subordinada, articulada por una población más consciente del sistema político en general, aunque todavía pasiva ante la formulación de propuestas.

La revolución y sus instituciones, motivó el proceso de modernización que permitió la movilidad económica y social, abrió canales de acceso hacia los puestos públicos en donde pudieron participar las clases medias y fundamentalmente las urbanas, expandiendo el ámbito de la administración pública con los sectores que buscaron desarrollo socioeconómico.

El sistema político mexicano visto desde la perspectiva del proceso de modernización, marcado por la Revolución de 1910, dio la oportunidad de trabajar integrados en una sociedad con nuevos valores e instituciones, permitió establecer la identidad nacional, y en ese sentido construir una cultura política más homogénea.

“El haber elevado al ámbito nacional la cultura política, es a juicio de Robert Scott, uno de los grandes triunfos de dicho movimiento, a pesar de que quizás, no

⁴⁷ vease Roger D. Hansen La política del desarrollo en México

haya alcanzado todavía su forma pura, dado que está constituida en la actualidad por tres subculturas relacionadas pero que también pueden ser diferenciadas”.⁴⁸

Una de las herencias del México de este siglo es precisamente la reverencia por la Revolución Mexicana, sin embargo, la cancelación de un sistema tradicional y la consecuente incapacidad que se observó en algunas instituciones políticas para arraigarse, produjeron a menudo una lucha por el poder que no estaba sujeta a reglas legítimas y se caracterizó por la violencia. Así ocurrió durante la etapa conocida como “caudillismo”.

Un elemento adicional de ese legado es la violencia⁴⁹. La turbulencia de la política mexicana ha conducido al derramamiento de sangre. Y la revolución perpetuó la violencia política. La primera década de este siglo transcurrió en medio de la guerra civil, primero para eliminar a los contra revolucionarios y afirmar la revolución, luego para luchar por la definición de la revolución y el liderazgo del gobierno.

2.1.3 México: súbdito participante, ambivalente y aspiracional

Una de las características de la cultura política en México, es que es ambigua, por que a pesar de la existencia del arraigado nacionalismo que ha unido a la población, ésta se encuentra culturalmente dispersa y presenta desequilibrios que se reflejan en el tipo de actitudes, en casi todos los individuos.

Dichas actitudes combinan una preferencia por una vida política ordenada , racional y sistemática.

Es una cultura política que tiene muchas limitantes respecto a la política, debido a que se encuentra fragmentada y esto genera desacuerdos con los valores que deben regir la vida política.

⁴⁸ Véase Jaqueline Peschard Tesis de Licenciatura

Los valores que configuran los rasgos de participación política de la sociedad reúnen y contrastan lo tradicional con lo moderno; en esta cultura súbdito participante, coexisten por un lado, pautas modernas de prácticas políticas institucionalizadas, pero por otro, se observan patrones de comportamiento que bloquean la realización de la primera tendencia.

Pero las condiciones que pueden explicar también la ambivalencia de la cultura política mexicana, son que la libertad de participación es mas formal que real y que la corrupción se ha extendido por todo el sistema político

La ambivalente cultura política mexicana, se proyecta en una orientación contradictoria calificada como “aspiracional”, toda vez que alterna una “auto apreciación cognitiva alta”, es decir inclinación a expresar opiniones y aspiraciones sobre política, y una “actividad cognitiva baja” escasa información política y poca participación.⁵⁰

De ahí que los autores de the civic culture, afirmen que la mayoría de los mexicanos son “ciudadanos aspirantes”, es decir, que carecen de experiencia y habilidad política, en tanto que sus expectativas son altas; se sienten en libertad para quejarse de las decisiones que les afectan, aunque en la práctica casi nunca lo hacen.

El carácter aspiracional de la cultura política mexicana, se observa frente a los principios esenciales de la democracia representativa, es decir, el control de los ciudadanos sobre su gobierno.

A juicio de Almond y Verba⁵¹ el individuo que cree y confía que puede ejercer influencia sobre las decisiones de su sociedad, es objetivamente competente. Esto quiere decir, que el sólo hecho de que los individuos se perciban como capaces, determina su comportamiento político, de tal suerte que en un sistema democrático, la

⁴⁹ Rhot fT, David y wilson l. Franf Estudio comparado de la política FCE 1983, P.74, 75

⁵⁰ Véase Almond y Verba, La Cultura Cívica. Fossesa

⁵¹ ibidem

creencia en la capacidad para afectar los procesos políticos, está estrechamente asociada a la capacidad real de influir en ellos.⁵²

No obstante que en México existe un elevado afecto por el sistema político, se observa también una falta de experiencia en el ejercicio político, junto a un notorio rechazo a la respuesta gubernamental.

Pero el carácter aspiracional de la cultura política mexicana, indica por otra parte, la posibilidad de una cultura cívica, toda vez que existe una orientación hacia la participación.⁵³

2.2 Dinámica de la Participación

2.2.1 Las bases de la participación política en México

No existe duda que en el ámbito de la democracia representativa, la participación política destaca como elemento natural de legitimidad, pues cristaliza el ejercicio de la población a expresar y elegir en libertad a quien ha de gobernar.

Por ello, la participación desarrolla un papel fundamental en la conformación de actitudes y orientaciones que estimulan al proceso político, fortaleciendo las instituciones y en ese sentido, indica el grado de efectividad del sistema político.

Sin embargo, para que la participación política sea el fundamento que legitime al sistema, es necesario que el mismo sistema responda a las demandas que se le formulan, a efecto de impedir que estas se acumulen y sean tomadas por agentes políticos independientes al régimen institucional y escapen de su control.

⁵² vease Peschard Jaqueline, op. cit. p. 108-109

⁵³ Almond y Verba. op. cit. p. 554

Dicho en otros términos, para que la participación política responda a las diversas expresiones y al mismo tiempo sea un factor de legitimidad, es indispensable que el sistema trabaje para impulsar la diferenciación estructural, y estimule a un mayor número de organizaciones para articular y conciliar intereses.

De esta manera, la participación como expresión no sólo de posiciones a favor, sino también en contra del sistema, que acepte tomar parte en los canales y reglas institucionales, desplaza a cualquier otra forma de participación ubicándola generalmente como subversiva.

La Constitución establece varios canales para la participación, sin embargo, en el marco de prácticas y mecanismos surgidos después de la Revolución, como por ejemplo el poder presidencialista, y el partido oficial que desde su origen y por tradición ha controlado los intereses populares, han propiciado que las oportunidades reales de participación política de los diferentes sectores de la sociedad hayan estado seriamente limitadas.

El sistema con el objetivo de allegarse de apoyo, ha convocado a la participación, pero no ha estimulado suficientemente el establecimiento de canales alternos para su manifestación.

En este sentido, el régimen ha reprimido varios movimientos sociales que se han desarrollado fuera de su red institucional, ha disminuido o exterminado - incluso de manera violenta -, ha determinados grupos que han intentado organizarse.

En contraparte, un sistema democrático demanda la creación de organizaciones políticas abocadas a canalizar la participación; la institucionalización de la política, propicia el aumento en la capacidad democrática de una nación, toda vez que incrementa el compromiso de los ciudadanos con los valores democráticos.

La participación política en México ha estado desmotivada y controlada sistemáticamente, y en esta perspectiva, observamos que la modernización en México se ha manifestado fundamentalmente en el terreno económico y no así en el político.

Durante décadas, las diferencias en la elite gobernante se mantuvieron estables, mientras el partido oficial disfrutó de grandes apoyos, que si bien no siempre fueron entusiastas, si lo eran de manera formal y concreta; por ello, se habla de conformidad de la población con el sistema, lo que significa más que participación activa y adhesiones declaradas, actitudes de aceptación pasivas que indicaban la falta de interés en los asuntos políticos.

La dinámica de la participación en México, ha sido la participación institucional de los ciudadanos hacia el sistema, por lo que ha resultado ineficaz como instrumento de control de los gobernados sobre los gobernantes.

Esta forma de conducción de la participación ha impedido a los ciudadanos, construir orientaciones y sentimientos positivos hacia el sistema político en su conjunto, y por el contrario, ha estimulado la apatía y la desconfianza.

Al respecto, debe señalarse que la postura insensible del comportamiento político y la miseria cívica adjudicados al mexicano - con muy relativa certeza - son efectos de la estructura política. Así por ejemplo, la indiferencia y la desconfianza de los ciudadanos ante un objeto político, se manifiestan sólo cuando el momento no proporciona ninguna otra alternativa.

En los últimos setenta años, la dinámica de participación en México ha sido impulsada por elementos surgidos en el periodo revolucionario y permanecen en la actualidad como soportes para el régimen y la estabilidad política, aunque algunos manifiestan ya un serio desgaste.

Toda investigación que tenga como objetivo el análisis de las circunstancias históricas, que han enmarcado la segunda mitad del presente siglo en México, debe considerar dos cuestiones.

La primera de ellas, es lo que Aguilar Camín y Lorenzo Meyer han denominado la mecánica del consenso⁵⁴; es decir, los elementos que han permitido vivir en paz a una sociedad significativamente desigual, en donde el paradójico crecimiento económico registrado durante largo tiempo, no ha sido capaz de resolver esas desigualdades.

La segunda cuestión, se refiere a cómo ha sido posible sostener el consenso social en un sistema como el mexicano, que no ha dado respuesta a las necesidades más apremiantes de la mayoría de sus habitantes.⁵⁵

El Estado que emanó de la Revolución, creó una red de instituciones, y relaciones políticas, que estableció una estructura corporativa y consolidó múltiples canales de negociación.

Así, los trabajadores tanto del campo como de la ciudad fueron incorporados de manera subordinada, paralelamente a los sectores empresariales, se les otorgaron espacios para participar como interlocutores del poder político.

Esta disposición, fue parte de un proceso centralizador, guiado en todo momento por la burocracia política, que condujo a los trabajadores a tomar parte en las centrales sindicales como la CTM, asimismo, los sectores agrarios y agrupaciones campesinas organizadas en la CNC; de la misma manera los empresarios fueron organizados. De los múltiples partidos municipales, regionales o estatales se constituyó el partido de Estado, primariamente en el Partido Nacional Revolucionario.

⁵⁴Aguilar Camín Héctor y Meyer Lorenzo A la sombra de la Revolución p.310-311

Así la tendencia de movimiento provenía desde abajo, pero se estimulaba desde arriba, donde el objetivo era fortalecer el Estado mediante el apoyo de los grupos organizados, y estos para conseguir sus demandas debían promover sus intereses bajo el orden institucional.

2.2.2 Participación Electoral

Los procesos electorales en México durante los últimos sesenta años, han sido en términos generales un fenómeno regular, que si bien guardan varias experiencias de distinto peso y en momentos coyunturales, el régimen no ha dejado de convocar cada seis años y sin interrupciones a la realización de elecciones para elegir al Presidente de la República y al Congreso.

Sin embargo, y aún su ininterrumpida y regular práctica, las elecciones en México se han caracterizado por su reducida trascendencia;⁵⁶ en este tenor, las decisiones fundamentales de gobierno han sido asumidas en ámbitos diferentes a los de las urnas.

Si las elecciones representan un mecanismo adecuado para la elección de los gobernantes y en general el medio al que recurren el gobierno y gobernados, son además un método para evaluar las políticas públicas y una fuente de legitimidad.

Durante 70 años el clímax de cada proceso de secesión presidencial no se vivió en las respectivas jornadas electorales, sino en el momento en que se designaba la candidatura a la presidencia de la república del partido oficial, de esta realidad fueron derivándose experiencias que hacían gráfico éste hecho y que el dominio público calificó como destape, dedazo y tapado.⁵⁷

⁵⁵ Ibid.

⁵⁶ Valdés Zurita Leonardo, “el lugar de las lecciones en el régimen político mexicano: a manera de ubicación” en Anuario Elecciones y Partidos políticos, UAM Iztapalapa, 1993

Sin embargo, a pesar de que nuestro sistema político este determinado por un marcado monopartidismo, las elecciones han jugado un papel importante en el proceso político del país, debido a que la Constitución ha consagrado al voto como el mecanismo que concreta la voluntad popular y por que la emisión del sufragio significa otorgar legitimidad al sistema.

Según afirma B. Ames,⁵⁸ para el Partido Revolucionario Institucional “las elecciones son el barómetro de la confianza pública y para la elite”, han representado la prueba de su estabilidad política. Esto da cuenta de la gran actividad electoral y proselitista que lleva a cabo.

De tal suerte que, como afirman algunos autores,⁵⁹ especialmente en los sistemas monopartidistas, la victoria electoral cercana a la unanimidad, son de gran relevancia, toda vez que son sistemas dominados por una sola fuerza política y entonces los votos realmente significativos por su efecto legitimador, son precisamente los que se orientan hacia la oposición, es decir, los que se emiten contra la gran mayoría que son con los que cuenta el partido dominante.

Este es en síntesis, el escenario que se ha representado en México durante poco más de sesenta años, en donde el Partido Revolucionario Institucional ha sido el eje de la participación electoral.

2.2.3 Abstencionismo

De acuerdo con Almond y Verba, el grado de abstención refleja el nivel de conciencia política y los recursos de participación que la población tiene; de esta manera el signo de la conciencia política es la aceptación de que las políticas públicas tienen un cierto impacto sobre la vida cotidiana, por ello los ciudadanos que observan

⁵⁷ibidem.

⁵⁸Véase Jaqueline Peschard, cita al autor en su Tesis de licenciatura, UNAM p. 258-259

⁵⁹Ibidem.

injerencia del gobierno en su práctica diaria son ciudadanos concientes del ejercicio del sistema político y están políticamente informados.⁶⁰

En consecuencia la información política constituye un indicador de la conciencia política y hasta de la participación en el proceso de toma y operación de las decisiones, y sólo en esa medida, es decir, contando con información se puede influir o crear alternativas de intervención.

Sin embargo, Rafael Segovia⁶¹ sostiene que frente al principio común de que tanto mayor sea el grado de desarrollo económico mayor será la participación; se observa contrariamente que frente a las tendencias de participación y abstencionismo que se observa en muchos países, el caso de México no presenta una correlación positiva en ese sentido, es decir, entre participación y desarrollo, toda vez que en las cifras oficiales, la tendencia que se aprecia es que, a mayor desarrollo menor es la participación. Siendo entonces que ese fenómeno tiene que ver con una regionalización del fenómeno.

En este tenor el abstencionismo aparece como un comportamiento razonado, que no es congénito a la ignorancia sino que por el contrario encarna una actitud, un nivel determinado de politización, representa el voto de protesta y una actitud también de repulsión hacia el sistema político.

De esta manera, el abstencionismo en México es para Segovia,⁶² más una actitud orientada hacia la democratización del sistema que un síntoma de pérdida de legitimidad para el gobierno.

El índice de abstencionismo en México sigue siendo significativamente elevado, en la elección federal de 1988, siendo una de las experiencias que registró alta participación, la mitad del padrón electoral no sufragó, y en los comicios locales

⁶⁰ Véase Peschard Jaqueline, Tesis de Licenciatura UNAM, 1978, p. 106-108

⁶¹ Véase Loaeza Soledad, El Llamado de las urnas, cal y arenas, p. 98-99

⁶² *ibidem*.

celebrados posteriormente, se han registrado tasas de abstención que llegan a fluctuar entre el 60% y 85% de los electores.⁶³

Con relación a lo anterior, puede afirmarse que los abstencionistas no pertenecen a ninguna fuerza política nacional, no existe corriente política tan importante que motive o haga suya la táctica de la no participación electoral.

No obstante el segmento de ciudadanos empadronados que no participan con su voto es significativo, ya que indica un desfase entre el espectro político partidista y un universo de ciudadanos que no termina por identificarse con alguna alternativa y por ello se retiran de las contiendas electorales.

⁶³Véase, Woldenberg K. José. “Comentario” en Secuencia, Instituto Mora, mayo-agosto 1990.

CAPÍTULO III Cultura política y coyuntura electoral

3.1 Instrumentos de medición

3.1.1 Estudios de opinión en México

Los antecedentes de la investigación empírica con relación a la cultura política y la opinión pública en México, van más allá de los estudios conocidos recientemente. En 1942 surgió el *Instituto de Opinión Pública* de la revista “*Tiempo*”, órgano fundado y dirigido por Martín Luis Guzmán y quizás el primer esfuerzo serio, encaminado a la construcción de un espacio profesional abocado a la investigación de la opinión pública, mediante la utilización de instrumentos de medición como lo son las encuestas.⁶⁴ Ahí, se constituyó un programa que publicó de manera periódica los resultados de los operativos realizados.

Cabe mencionar como dato anecdótico de esta etapa, que la técnica empleada en estas encuestas era “comicial”, es decir, que se empleaban automóviles que llevaban urnas y la gente podía depositar en ellas su opinión, sistema que después implemento casillas fijas para tal efecto.⁶⁵

Posteriormente a este trabajo pionero, fueron pocas las aportaciones al respecto, sobresalen: *La psicología del mexicano* de Rogelio Díaz Guerrero (1954); *La politización del niño mexicano* de Rafael Segovia (1975); y *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos* de Jorge Montaña (1976),⁶⁶

⁶⁴ Véase, de la Peña Ricardo, “*Fiebre de encuestas*” en suplemento POLÍTICA de El Nacional; agosto 15, 1991, p.8

⁶⁵ *ibidem*.

⁶⁶ *ibidem*.

Asimismo, puede citarse nuevamente el estudio realizado por G. Almond y S Verba (1963), *la opinión pública de México*, sobre el sistema electoral, realizado por Keneth Coleman, así como la obra titulada *los inmigrantes pobres en la ciudad de México* de Wayne Cornelius.

Ahora bien, el actual escenario político en México, constituye un espacio sumamente fértil para la investigación mediante la utilización de instrumentos y métodos estadísticos aplicados a las ciencias sociales. Toda vez que mediante el uso de estas herramientas, diversos fenómenos pueden ser estudiados y obtener mayor información sobre el proceso de pluralización política de la población.

Es importante apuntar que los rasgos que han sido vistos como características culturales de los mexicanos con relación a la política, pudieron ser un factor que fomentó el desinterés por realizar estudios cuantitativos y cualitativos de los factores que determinan los resultados de estudios sobre los consensos, disensos y el reagrupamiento de posiciones, y que en su imprecisión han tendido a exagerar los resultados para favorecer sólo a un sector del espectro político, y con esto el sesgado recuento de presencias y adhesiones.⁶⁷

Esta situación, puede estar relacionada con la pobre tradición en la investigación empírica en el ámbito de las ciencias sociales, siendo las encuestas un claro ejemplo de esto.

El país vive ahora a un proceso de acentuados cambios, que señalan la necesidad de reflexionar entorno a los pesos que en un momento dado apoyan o desaprueban modelos o corrientes políticas.

En los últimos años se ha observado un considerable aumento de empresas y organizaciones que han atendido esta materia; sobre todo en la coyuntura que ofrecen

⁶⁷ Véase Quintana Enrique, “*La Guerra de la Encuestas*”, en REFORMA, junio 13, 1994, p. 2A

los procesos electorales. Se han encontrado encuestas de todo tipo, desde las más serias, realizadas y operadas por profesionales, hasta los sondeos más superficiales que insisten en conformar una gráfica de las preferencias hacia un determinado personaje público o situación, sin bases objetivas en la muestra y con un análisis superficial.

Expertos en estudios de opinión electoral coinciden en que la realización de sondeos bien elaborados, son un elemento que en buena medida puede otorgar credibilidad a un proceso electoral,⁶⁸ toda vez que si diversos estudios de opinión señalan una tendencia, lo más posible es que la elección misma servirá para confirmarla.

Cierto es que las encuestas pueden fallar, pero el hecho de que así ocurra, no significa por ello que su utilización deba restringirse, siempre y cuando se realicen como se ha apuntado, por profesionales y metodológicamente apegadas a criterios científicos.

Un fenómeno que en este sentido se ha observado en México, sin duda a partir de las recientes experiencias electorales, es que al ser estas más competitivas, se han publicado algunos estudios cuyas tendencias difieren sustancialmente de los resultados finales, debido a la metodología empleada en la construcción de la muestra o la forma de levantar la encuesta.⁶⁹

La veracidad de las encuestas no debe relacionar afinidades o intuición, sino definitivamente al método para clarificar eficazmente el origen de determinadas tendencias.

⁶⁸ ibidem.

⁶⁹ En este sentido, durante 1994, en el marco de las elecciones federales Ivan Zavala publicó una crítica al trabajo realizado por Miguel Basañez, en donde señala varios aspectos de una encuesta que contiene varios sesgos metodológicos.

Debido a que la democracia en México a sido objeto de diversos cuestionamientos, los estudios de opinión serán una alternativa, en tanto los resultados electorales sean cuestionados. En este tenor, no son los resultados de una elección los que deben evaluar a las encuestas, sino las encuestas las que deben calificar dichos resultados.⁷⁰

En suma, para que los estudios de opinión cumplan su función, deben ser instrumentos elaborados con el mayor rigor científico posible y éticamente dirigidos; en virtud de que una encuesta que coincida con resultados significativamente sospechosos, hace por ende, endeble y sospechosa también a la encuesta.

3.1.2 D.F: Cultura política y elecciones

Ha sido a partir de la reforma política llevada a cabo en 1977, que los procesos electorales han sido el marco en el que se han observado dos fenómenos fundamentales para la conformación del actual escenario político: la presencia del pluralismo y el aumento de la participación política.

En el Distrito Federal se observa la presencia de un electorado más activo y orientado hacia las alternativas de los partidos políticos, que expresa su pluralidad y asume actitudes respecto a los asuntos políticos.

La cada vez más franca presencia de los diferentes partidos políticos dentro del espectro, así cómo la tendencia hacia la participación por parte de la población, han creado expectativas en torno a esperar en el futuro inmediato procesos electorales más competidos con cierta carga de incertidumbre.⁷¹

Mucho se ha hablado del importante desgaste de legitimidad y credibilidad que sufrió el aparato gubernamental durante años, y que hizo crisis en 1988 con la aparición del

⁷⁰ Véase Zavala Iván, “*Encuestas: la brújula loca*”. En Perfil de LA JORNADA, marzo 5, 1994

⁷¹ véase Reyes del Campillo Juan, “El mercado político electoral en el Distrito Federal”, en Alonso Jorge Cultura Política y Educación Cívica, México 1994, p. 97,

neocardenismo al frente de otras fuerzas políticas, como los factores que pusieron de manifiesto las diferencias entre el electorado.

Como síntoma de ese pluralismo, el estudio de la cultura política ha cobrado gran efervescencia en el marco de los últimos procesos electorales, toda vez que en la arena política se han multiplicado las expresiones, las creencias, las ideas, los valores y los sentimientos con relación a los asuntos políticos.⁷²

Es importante señalar que de esa manifestación pluralista, lo más significativo es que no existen vínculos sociodemográficos determinantes entre grupos o clases sociales, con los partidos políticos, toda vez que la población votante ha respondido más a la opinión y la participación.

En este sentido la presencia de clientelas pluralistas relacionadas con los partidos políticos, por la información, la cultura, valores, juicios, etc., es una prueba contundente de que la población del Distrito Federal, se halla en un proceso de transición, orientado hacia una cultura política de la participación, democrática, incluyente y libre.⁷³

Considerando lo anterior, se ha realizado el análisis de la cultura política de los habitantes del D.F. a partir de algunos estudios de opinión llevados a cabo en el D.F. este análisis plantea la reflexión sobre el comportamiento de los ciudadanos en la coyuntura electoral.

3.2 Pautas de comportamiento 1991

3.2.1 Instrumentos de Análisis

⁷²ibidem.

⁷³ ibidem.

Los sondeos de opinión realizados con motivo de las elecciones federales de 1991, registraron hallazgos importantes en las pautas de comportamiento de los ciudadanos del Distrito Federal en relación con la política, particularmente en la coyuntura electoral; tal es el caso de las encuestas realizadas por el Gabinete de Estudios de Opinión S.C.,⁷⁴ mismas que se han considerado en este trabajo, en tanto que son el resultado de una serie periódica de operativos para medir las actitudes políticas y estados de opinión prevalecientes en la población capitalina en año electoral.

De este material se han seleccionado las encuestas realizadas durante 1991 y previas a la jornada electoral,⁷⁵ toda vez que se pretende con ello delimitar ese contexto.

Asimismo, se tomaron los temas que constituyen indicadores sobre la cultura política de los habitantes del D.F. en la coyuntura electoral, tomando en cuenta la relación que guardan las siguientes variables: conocimiento e interés sobre la política, tendencia política, conocimiento electoral, valor atribuido al sufragio y credibilidad en las elecciones.

En este tenor, se han analizado los resultados de la quinta, sexta y séptima encuestas de opinión levantadas por G.E.O., entre febrero y Junio de 1991, a efecto de observar su relación y considerar las variaciones y tendencias entre cada una de ellas.

3.2.2 Conocimiento e interés sobre la política

En términos generales, se puede establecer la existencia de un reducido interés de la población entrevistada en torno a los asuntos políticos, toda vez que en los tres operativos el resultado guarda similitud.

⁷⁴ G.E.O. empresa dirigida por Ricardo de la Peña realizó durante el proceso electoral Federal de 1991, una serie de encuestas, con la finalidad de identificar las variaciones sobre determinados temas y que trataron de medir entre otros aspectos la cultura de los ciudadanos del Distrito Federal. Véase suplemento POLÍTICA de EL NACIONAL Noviembre 1990- agosto 1991.

⁷⁵ Es pertinente señalar que la investigación que llevó a cabo G.E.O. sobre el proceso electoral federal de 1991 inició desde 1990, e integro otros temas.

En febrero sólo el 37.5 % de quienes respondieron al cuestionario, afirmaron que tenían mucho o regular interés y una cuarta parte afirmó no tener interés alguno⁷⁶. Para abril 15 de cada 100 entrevistados dijeron estar muy interesados, mientras que casi la mitad aseguró que era escasa o nula su preocupación por este tema⁷⁷, aunque ciertamente se observó un ligero incremento de los interesados en política respecto a la encuesta anterior.

Asimismo, dos meses antes de la jornada electoral, el interés por los asuntos políticos continuo siendo reducido, cuando la sexta parte de los encuestados respondieron que era mucho su interés al respecto. Para una tercera parte de la muestra el interés era regular; para una cuarta parte era poco y siendo nulo para uno de cada diez ciudadanos encuestados⁷⁸. Es decir, resultados casi idénticos a los de las dos encuestas anteriores.

Adicionalmente, fue posible observar que a mayores niveles de estudio o escolaridad crece el interés por la política y existe mayor atención a este aspecto de quienes pertenecen a la población económicamente activa; además se percibe, de acuerdo al nivel de ingreso económico, que a menores percepciones es mayor la preocupación por los asuntos políticos.

Pudo también determinarse que el interés manifiesto por la política esta fuertemente relacionado con las fuentes que el ciudadano elige para informarse;⁷⁹ siendo los más atentos en política quienes se informan a través de la prensa y menor en quienes lo hacen generalmente por medios electrónicos, radio y televisión.

⁷⁶ Véase, de la Peña Ricardo y Toledo Rosario, “D.F: *confusión, participación*” V encuesta de opinión, suplemento POLÍTICA en El Nacional, marzo 7, 1991.

⁷⁷ Véase, mismos autores *El PRI sigue punteando, pero la gente no cree en el voto*. VI encuesta de opinión en el D.F., POLÍTICA en El Nacional, junio 27, 1991.

⁷⁸ Véase, mismos autores *Eclipse solar, ¿destello electoral?* VII encuesta de opinión, suplemento POLÍTICA en El Nacional, junio 27, 1991.

⁷⁹ op. cit.

En este sentido, cabe mencionar que en el muestreo de febrero, se pudo determinar que los valores más importantes para la población encuestada son el bienestar y la libertad, en tanto que la igualdad y la justicia ocupan un segundo nivel de prioridad, quedando por arriba de los aspectos políticos y donde incluso la soberanía tiene más valor para los ciudadanos que la democracia.

En este contexto, habrá que establecer que frente a la idea generalizada de la demanda democrática por parte de la población, los defechos encuestados se mostraron interesados más por asuntos inmediatos y cotidianos como el bienestar que en el proceso democrático.

Este rubro parece estar estrechamente relacionado con la opinión de los capitalinos manifestada respecto a cuál es el principal problema de la Ciudad de México. En este sentido, la encuesta levantada en abril mostró que el problema económico, el ecológico y otro, sin que los ciudadanos entrevistados especificaran cuál era, se ubicaron por encima del problema político que alcanzó el 8.1% de la muestra.

3.2.3 Tendencia Política

Es muy posible que la indiferencia manifestada por los capitalinos entrevistados hacia la política, determine la incapacidad para definir su tendencia política.

Al respecto, una cantidad inferior a la mitad de los encuestados en febrero pudo ubicarse dentro de alguna de las posturas del espectro político-ideológico; cuando el 37% de las personas respondieron no tener tendencia política alguna, una sexta parte dijo no saber ubicarse y, de quienes si definieron su posición el 24.4% afirmó ser de derecha, un 11.1% se ubicó como de centro y únicamente el 4.8% afirmó ser de izquierda.

Esta misma pregunta realizada dos meses después, indicó que la cuarta parte de los entrevistados se describió como de derecha, en tanto que menos de la décima parte se ubicó como de izquierda; Y un porcentaje mucho mayor a los anteriores, no se ubicó entre ninguna de las corrientes políticas o simplemente no lo pudo hacer.

En junio del mismo año, la encuesta reveló nuevamente que la mayoría de los ciudadanos entrevistados manifestó no pertenecer a ninguna tendencia política o no saber hacerlo, mientras que los que se definieron por alguna corriente lo hicieron a la derecha.

Así pues, el amplio sector de capitalinos que no se define o no lo puede hacer, por alguna de las tendencias políticas, es posible que encuentre fuertes vínculos con una desorganización social, toda vez que tres de cada diez entrevistados afirmaron no pertenecer a ninguna de las cinco agrupaciones sociopolíticas existentes como sindicatos, partidos, asociaciones religiosas, civiles y vecinales.

Puede observarse que quienes manifestaron ser de derecha, son en mayor número varones que mujeres y jóvenes más que la población madura, así como los que han alcanzado mayores niveles educativos. Entre quienes se dijeron ser de izquierda, prevaleció en mayor número la población joven de estudiantes.

Ahora bien, son los ciudadanos entrevistados con menores ingresos y estudios quienes mayormente presentan indefinición respecto a las tendencias políticas, lo que puede reflejar incapacidad formativa en este sentido. Asimismo, un segmento de la población considerada en la muestra de altos ingresos se manifestó por la independencia ideológica frente a cualquier tendencia o corriente del espectro político-ideológico, así como otro segmento de entrevistados que se informa en mayor medida por la prensa manifiestan estar orientados hacia la derecha.

3.2.4 Conocimiento electoral

El desinterés manifiesto por la población en los asuntos políticos, refleja la poca importancia que los capitalinos encuestados atribuyeron a las elecciones celebradas en 1991; toda vez que, en el sondeo de opinión llevado a cabo en febrero de ese año, el resultado que arrojó la pregunta sobre cuando serían las próximas elecciones en el D.F., mostró que 79.8% no sabía cuando; 12.1% sólo supo el año; mientras que el 4.1% si menciono el mes y el año, y únicamente 4.0% sabía la fecha exacta.

Los resultados de la encuesta realizada en abril del mismo año mostraron de nueva cuenta que la mayoría de la población entrevistada no supo cuando se celebrarían las elecciones federales en mención, aún cuando estaba mas cerca la fecha, de esta manera menos de la quinta parte supo que ese año se habría comicios y apenas un 5% conocía la fecha con exactitud.

Como era de esperarse, en junio del mismo año, es decir, a dos meses de la jornada electoral se registró una significativa evolución en las referencias a la fecha en que se realizaría la votación. Si cuatro de cada cinco entrevistados que en abril no supieron ni siquiera el año, dos meses después se observa que se encuentran en esta situación menos de la mitad de los capitalinos encuestados. En el operativo de junio, uno de cuatro ciudadanos de la muestra precisó la fecha de los comicios y en un rango similar se precisó el mes; donde menos de la décima parte mencionaron el año pero no el mes.

En consideración a lo anterior, en dos meses fue posible incrementar significativamente la proporción de capitalinos que conocían la fecha de las elecciones federales de aquel año, reduciéndose casi a la mitad la proporción de quienes desconocían su próxima celebración.

Probablemente un factor que determinó el desconocimiento por parte de los capitalinos entrevistados de la fecha de la jornada electoral, fue el cambio del calendario electoral.

Asimismo se observó que los varones; la población entre 30 y 39 años; los trabajadores del estado y de empresas privadas, así como quienes se informan a través de la prensa, mostraron mayor conocimiento de la fecha de las elecciones que registró un incremento cuando fue mayor el nivel de ingresos y de escolaridad de los encuestados.

Otra de las cuestiones que se desprende de este escenario, es que el nivel de información en torno a la elección federal de ese año, es un reflejo de los niveles de interés por la política y la importancia atribuida al sufragio por parte de los ciudadanos.

3.2.5 Importancia del voto

En la coyuntura electoral de 1991, la población capitalina considerada en la muestra de febrero manifestó una escasa importancia al ejercicio del sufragio. En esa ocasión algo más de la mitad de los encuestados afirmó que atribuía mucha o regular importancia a su voto, mientras que un 45.9% sostuvo que su voto tenía poca o ninguna importancia.

En la encuesta levantada en abril, la importancia atribuida al voto se relacionó con las preferencias partidistas; en ese sentido los votantes potenciales priístas son quienes otorgan gran importancia a su voto; en tanto que los potenciales votantes por el PRD indicaron que su voto tiene regular o poca importancia; mientras que los relacionados con el voto al PAN son quienes piensan que el sufragio tiene poca importancia.

Pero más específicamente, el criterio utilizado en el valor del sufragio y preferencia electoral, señala que los votantes potenciales del PRI, son quienes en mayor medida afirman que su voto es importante y por otra parte los potenciales votantes del perredismo son apoyados mayoritariamente por ciudadanos que piensan que el voto no es importante

Se observó una variación positiva en la valoración del sufragio por parte de los ciudadanos, cuando en abril se pasó de una situación en que la mitad de los entrevistados consideraba regular o muy importante el sufragio a un predominio de esta postura, toda vez que siete de cada diez ciudadanos entrevistados expresaron esta idea y en junio, se repite esta conformación de entrevistados que atribuyen gran o regular importancia a su voto. Por ello, se observó que existió una estabilidad en los niveles de importancia atribuida al voto.

Respecto al perfil que presentaron los ciudadanos que piensan que su voto es importante, se presenta en mayor medida entre los hombres, población media, quienes tienen alta escolaridad e ingreso económico, trabajadores y estudiantes. Asimismo, atribuyen menor importancia al voto quienes muy posiblemente respaldaron al PRD, que quienes lo hicieron por el PAN y el PRI.

Esta variación positiva respecto a la valoración del sufragio, se observó como un primer antecedente en la sociedad del proceso electoral en 1991.

El valor que los ciudadanos pueden otorgar al sufragio se encuentra estrechamente relacionado con la idea que gravita respecto a la limpieza electoral y por ende, al respeto al voto, siendo este uno de los factores más criticados en los sondeos de opinión referidos.

3.2.6 Credibilidad en las elecciones

Al preguntar a los ciudadanos si pensaba que el voto se respetaría en las elecciones federales, poco menos de la mitad manifestó que sí sería respetado; asimismo, tres de cada diez entrevistados expresó que el voto no sería respetado, mientras que una cuarta parte de la muestra contestó no saber lo que pasaría.

En coincidencia a los resultados aportados por el sondeo anterior, en abril de 1991 el aspecto más criticado fue precisamente el de la limpieza electoral, toda vez que prevaleció la idea entre los ciudadanos encuestados que el gobierno se interesa poco o nada por defender este punto. Una tercera parte de la muestra se orientó en cada a una de estas dos posiciones, en tanto que menos de la décima parte consideró que el gobierno si se preocupaba en gran medida por hacer que se respetara el sufragio.

En el sondeo realizado en junio, se detecta una tendencia al descenso de los niveles de crítica a la limpieza electoral. Más de la mitad de los capitalinos encuestados declararon que confiaban en que se respetará el sufragio, en tanto que aproximadamente dos de cada cinco ciudadanos desconfiaron de que ello así ocurriera.

De tal suerte que, uno de cada tres casos de quienes no confiaron que su voto se respetaría afirmó que no sufragaría, toda vez que una décima parte se inclina por la vía legal de vigilancia y el ejercicio del voto y una proporción similar se orienta más por la vía de la protesta y la movilización social.

Resulta pertinente considerar que, entre los capitalinos entrevistados que afirmaron no saber si se respetaría el sufragio en los comicios y los que definitivamente respondieron que no habría respeto en este aspecto existe un fuerte vínculo, ya que en este segmento de la población encuestada prevalece la idea del fraude electoral.

Entre los ciudadanos entrevistados son los varones, quienes tienen edad media, profesionistas, quienes trabajan en la iniciativa privada y los que alcanzan entre tres y seis salarios mínimos quienes manifestaron tener más confianza en que el voto sería respetado. Asimismo, este mismo segmento de la población utiliza la prensa como su principal medio de información y es también quien manifiesta un deseo regular o bajo de que el estado actual de las cosas en el país cambie. Y como es de suponerse son además los que consideran que el sufragio tiene gran importancia.

Estas son pues las pautas que la población capitalina manifestó en los sondeos de opinión realizados en 1991 y que se encuentran relacionadas al interés, conocimiento e ideas de la política en el marco del proceso electoral de aquel año.

3.3 Cultura política y coyuntura electoral 1994

3.3.1 Contexto electoral

El proceso electoral federal de 1994, será recordado por un amplio sector de la población como uno de los más aciagos en la historia política contemporánea del país, pero también por que fueron las elecciones más vigiladas, las que registraron mayor participación y gran competitividad en mucho tiempo.

Aquel año se registraron diversos acontecimientos que signaron, desde diversos puntos de vista, el ámbito de lo político y contribuyeron a determinar un nuevo escenario en el país.

Mucho se ha debatido en torno a que las elecciones presidenciales de 1988 fueron una experiencia que abrió el cauce a la participación en los procesos electorales; las circunstancias entonces, permitieron una insurrección electoral de grandes dimensiones. Por una parte, se observó el desgaste de legitimidad que presentaba la estructura institucional del régimen, y por otro, el surgimiento de un frente democrático nacional en el que convergieron diversas organizaciones políticas. Ambos aspectos impactaron fuertemente en el espectro político, pero de igual manera, pusieron de manifiesto la aparición de ciertos rasgos en la participación, tanto de actores políticos como de la población misma, que deben ser analizados frente a los elementos que han definido a nuestra cultura política.

Posteriormente las elecciones federales intermedias de 1991, hicieron posible la recuperación electoral del partido mayoritario y quizás no repercutieron de manera cuantitativa en el ámbito de participación

Finalmente el proceso electoral de 1994, fue el marco de una serie de eventos que pueden haber trascendido en las percepciones y actitudes de la población en torno a los asuntos políticos; como por ejemplo la aparición de la violencia, o la confrontación de posturas entre algunos actores políticos en los debates organizados previos a la elección.

En este sentido, la designación del candidato del partido revolucionario institucional a la presidencia de la república, desató una serie de especulaciones que duraron aproximadamente tres meses, tema que los medios de información se ocuparon de difundir entre la población.

La aparición violenta en Chiapas del movimiento zapatista, el primer día de 1994, forzó la atención de prácticamente todo el país en los acontecimientos. Posteriormente, la impactante muerte del candidato priísta y la designación de su sucesor, pervirtieron la atmósfera política del país en aquel año.

3.4 Patrones de comportamiento en 1994

3.4.1 Interés por las elecciones

Hacia el tercer mes de 1994, siete de cada diez capitalinos entrevistados manifestó su intención de votar; el 76% de ellos tenía ya seleccionado el partido de su preferencia, y tres cuartas partes de estos últimos dijeron apoyar al partido elegido sin considerar el candidato correspondiente.

En este panorama el 13.6% de la población entrevistada, manifestó no contar aún con la credencial federal para votar con fotografía, mientras que el 45.5% de los que tenían ya su credencial de elector, afirmaron obtenerla con la intención de sufragar, en tanto

que el 49.2% sólo como medio de identificación personal, de tal manera que el restante 5% la utilizaría para ambos fines.⁸⁰

Al respecto, es importante precisar que en la elección federal de 1988, el 72% de los ciudadanos tenía credencial para votar, contra el 28% de quienes no pudieron sufragar por la falta de este documento; asimismo, en la jornada electoral de 1994, el porcentaje de fotocredencializados se ubicó en 92%.⁸¹ Esto hace pensar en dos aspectos importantes: por una lado, la amplia respuesta ciudadana de cara al proceso electoral de 1994, impulsada por la enorme campaña publicitaria de la nueva credencial para votar y por otro, el interés que causaron esos comicios.

De acuerdo con las cifras del Registro Federal de Electores, para los comicios del 21 de agosto las mujeres de la capital estarían más en posibilidad de votar, pues el 53% del padrón electoral estaba integrado por el sexo femenino.

En este sentido la lista nominal registraba un total de 5 millones 362 mil 764 fotocredencializados, de los cuales 2 millones 858 mil 494 eran mujeres, mientras que 2 millones 504 mil 370 eran hombres.

De acuerdo con cifras oficiales, el partido que pretendiera ganar la elección en la capital, tendría que enfocar sus esfuerzos hacia los electores de entre 18 y 19 años,⁸² toda vez que si la mayoría del electorado que se encontraba en este rango de edades acudía a las urnas, podría representar el 62.97% de los votos emitidos.

Asimismo, el electorado que se ubicaba entre los 20 y 24 años alcanzó 924 mil 148 fotocredencializados, lo que constituía el 17.24% del listado nominal; mientras que los electores de entre 18 a 19 años representaban 318 mil, 087, lo que significaba el 5.93%.

⁸⁰Véase Coordinación de investigaciones de El Heraldo de México estudio de opinión realizado, “Piensa votar 70 por ciento de los capitalinos”, El Heraldo de México marzo 7 de 1994.

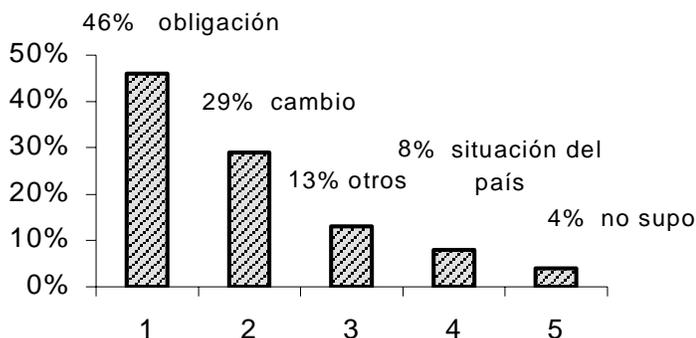
⁸¹ Véase REFORMA estudio de opinión junio 16, 1994

⁸² Fuente RFE cifras hasta el mes junio, mismas que no comprenden las credenciales emitidas por el recurso de apelación.

Por su parte, los ciudadanos entre 40 y 64 años representaban un millón 603 mil 776 electores con credencial, es decir el 29.89% de posibles votos, en tanto que la población en listado nominal de 65 años o más, oscilan entre 381 mil 988 electores traducido en un 7.14% de posibilidades de sufragar.

Rescatando la información publicada por el periódico Reforma sobre el levantamiento de una encuesta dos meses antes de la votación con el fin de conocer las intenciones de voto; se pudo apreciar que el 46% de los entrevistados confirmó su deseo de sufragar por tratarse de una obligación y un deber, el 29% dijo querer votar por el deseo de cambio, el 8% refirió a estar impulsado por la situación actual del país. En tanto el 13% de los capitalinos encuestados expresó otras razones y el 4% no contestó.

Distribución porcentual, según intenciones de voto

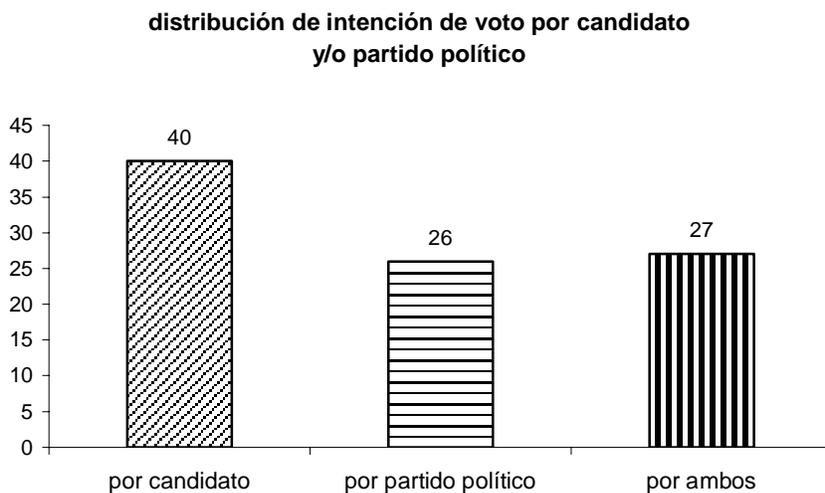


3.4.2 Conocimiento político electoral

Con relación al conocimiento que tiene la población de la capital sobre los asuntos de carácter político electoral, el sondeo arrojó que tan sólo cuatro de diez ciudadanos entrevistados conocía la tendencia política ideológica de todos los partidos políticos contendientes. Pero del total de la muestra, tres de cada diez conocía la tendencia del PRI; dos de cada diez la del PAN y una proporción similar la tendencia del PRD,

cuando el conocimiento de la tendencia de los respectivos partidos políticos pequeños se ubicó en uno de cada diez.⁸³

En un sondeo llevado a cabo en junio, a poco más de dos meses de la jornada electoral, el 40% de los entrevistados aseguraron que votarían por los candidatos, el 26% votaría por el partido político y el 27% por ambos. De acuerdo con la encuesta, el 67% de los ciudadanos no recordó el nombre de ningún candidato al senado de la república, mientras la candidata del PRI, Ma. De los Ángeles Moreno fue recordada por el 19%, seguida del candidato suplente, Fernando Solana con un 11% y después José Ángel Conchello con el 4%.



En torno a la elección de representantes a la asamblea, el 88% de la población entrevistada no pudo recordar ningún candidato, mientras el 25% se mostró indeciso.

A un mes de llevarse a cabo la jornada electoral, el estudio de opinión registró que las personas que depositarían su voto pensando en los candidatos como personas y no como representantes de un partido político, se ubicó en 48% del total de encuestados.

⁸³ El Herald... op. cit.

En este mismo rubro, el 83% dijo no conocer a ningún candidato a la asamblea de representantes del Distrito Federal.

Por otra parte, el interés por las elecciones guarda relación con el medio de información que prefiere la población, en este aspecto los entrevistados indicaron que la prensa es el medio más importante para la conformación de la opinión pública respecto a los asuntos públicos. De tal manera, que el Distrito Federal registro un 29.9%.⁸⁴

Sobre este mismo tema, se preguntó a la gente su opinión respecto a la información de la televisión en favor del PRI; el 74.8% de los capitalinos afirman que efectivamente existe favoritismo en la información en este medio electrónico de comunicación.

Por otra parte, los problemas más urgentes según los capitalinos son en primer lugar el económico con el 38%; la pobreza ubicada en el 22% y la inseguridad con el 15% de las opiniones.⁸⁵ De esta manera, se observa que los asuntos tales como la democracia o las elecciones mismas no son visualizadas por los ciudadanos como problemas primordiales, y se orientan más a manifestar la necesidad por la solución de sus problemas más inmediatos.

Así el problema que se registró con mayor frecuencia en una encuesta realizada en junio, fue la inseguridad, en tanto que la carencia o ineficacia de servicios públicos ocupó el segundo lugar con 16%, la delincuencia el 14% y el problema de la basura alcanzó 11% de las respuestas.

3.4.3 Confianza en los candidatos

⁸⁴Véase Alianza Cívica, “Los ciudadanos ante los medios y las campañas políticas” en suplemento Perfil de la Jornada, 24 de julio 1994

⁸⁵ REFORMA op. cit.

La población capitalina expresó confianza por que un candidato a la presidencia de la república cumpla con las propuestas hechas en campaña, 45.1% mencionó a Ernesto Zedillo; 16.5% menciona a Diego Fernández; el 12.0% afirma que Cuauhtémoc Cárdenas y el 1.9% mencionan a Cecilia Soto, el 1.9% mencionó otro candidato; 15.2 no respondió 7.5 afirmó que ninguno.

De acuerdo al sondeo de opinión realizado en enero de 1994, por la empresa Investigaciones de mercado *INDEMERC* Louis Harris, la población encuestada votaría más por el candidato que por el partido político que lo postula, y sólo en el caso del PAN la gente votará más por dicha fracción política que por su candidato a la presidencia.

En el caso Luis Donald Colosio, se observó un equilibrio entre la asociación del candidato con el partido; y este mismo sería el que ganaría los comicios si estos se hubieran realizado el día del cuestionario.

Resulta pertinente señalar que, este aspecto dibuja claramente el momento electoral que se vivía apenas a comienzos del año y que se modificaría más adelante.

Uno de los aspectos evaluados fue la comparación de los candidatos a la presidencia de la república con base en sus atributos personales; en ese sentido, el candidato priísta en ese momento alcanzó una mejor posición en términos de inteligencia, claridad y personalidad para ser presidente respecto de los otros candidatos.⁸⁶

Durante el primer mes de 1994, el candidato perredista ocuparía mejor posición que Diego Fernández de Ceballos, en tanto su cercanía con la población.

En este sentido, de acuerdo con la encuesta los candidatos que contenderían por la segunda posición serían los del PAN y el PRD, en cuanto a la preferencia electoral.

⁸⁶Véase “Pronostican Violencia luego de las elecciones” en Reforma 16 de junio 1994

Los sondeos realizados entre abril y agosto de ese año en el que se preguntó a la población por que candidato presidencial confiaba más. Los resultados registraron lo siguiente:

<i>confianza en los candidatos</i>				
candidato	abril %	mayo %	junio %	agosto %
Ernesto Zedillo *	36	27	33	34
Diego Fernández	13	28	26	21
Cuauhtemoc Cárdenas	17	14	16	16
Cecilia Soto	4	6	5.6	7
Ninguno/ no sabe	27	23	19	20

Fuente: “Puntea Zedillo; baja Diego” en REFORMA, 13 de agosto, 1994

3.4.4 Limpieza electoral

La población del Distrito Federal tenía un alto grado de desconfianza sobre las condiciones en que se realizarían las elecciones, la idea del fraude electoral parece estar muy arraigada en la población.

En la percepción de los ciudadanos considerados en la muestra, tres meses antes de que se llevaran a cabo los comicios prevalecía la idea de que habría fraude, toda vez que el 62.5% de los entrevistados así lo manifestó.⁸⁷

Un sondeo más, realizado por Reforma en mayo reveló que el 51.1% de los entrevistados sí confiaba en que las elecciones presidenciales serían limpias, el 42%

⁸⁷Véase, Alianza Cívica, “*Creen que habrá fraude electoral*” en REFORMA 29 de junio, 1994

manifestó su desconfianza de que esto así ocurriera, mientras que los ciudadanos que no supieron o emitieron otra respuesta reflejaron el 5.7 y 0.2% respectivamente.

En julio la confianza de la población sobre las elecciones, descendió con relación al estudio de opinión realizado el mes anterior, toda vez que los capitalinos que si confiaban en la limpieza de las próximas elecciones se ubicó en 46.1%, en tanto 38% dijeron no confiar, el 11.2% contestó que quizá y 4.5% no supieron que decir.

En particular, la proporción de encuestados que confía y no confían en la limpieza de los comicios en varias ciudades de la república, se manifestaba en junio de 1994 de la siguiente manera:

<i>confianza en las elecciones federales 1994</i>			
ciudad	% sí confía	% no confía	% no sabe
Monterrey	54.8	32.5	12.8
León	52.7	36.7	10.7
Veracruz	52.0	38.0	10.0
Distrito Federal	51.1	42.9	5.9
Ciudad Juárez	48.9	37.3	13.9
Tijuana	47.0	37.0	16.0
Mérida	45.6	33.1	21.4
Guadalajara	44.5	46.5	9.0
Hermosillo	42.8	46.4	10.8
Morelia	40.1	45.7	14.1
Toluca	40.1	46.8	13.1
Tuxtla Gutiérrez	38.8	40.0	21.2

Fuente: Pronostican Violencia... Reforma 16 de junio, 1994

Con relación al cuadro anterior, llaman la atención las ciudades de Guadalajara, Morelia, Hermosillo, Toluca y Tuxtla Gutiérrez en donde la desconfianza de los ciudadanos supera a quienes si confían en la elección. Por el contrario, en Monterrey y en la Ciudad de México es significativamente menor la proporción de ciudadanos que desconfía en las elecciones.

3.4.5 Violencia electoral

Un aspecto que muy probablemente está relacionado con la idea en un amplio sector de la población, sobre la operación del fraude en las elecciones, es la creencia en la aparición de la violencia postelectoral.

En este sentido, más de la mitad de los ciudadanos entrevistados manifestaron que era muy posible que se desatarán actos violentos después de los comicios de agosto. Por ejemplo la encuesta de Alianza Cívica en el Distrito Federal levantada en mayo,⁸⁸ registra el 54.8% de quienes tienen temor a la violencia postelectoral.

De acuerdo con la encuesta levantada por *Reforma*⁸⁹ un mes antes de los comicios, 52 de cada cien capitalinos consideraron que muy probablemente se suscitarían hechos violentos, contra un 30% que calificó la idea como poco probable y un 13% manifestó que definitivamente no habría violencia postelectoral.

Asimismo, una pregunta que arrojó datos relacionados con el punto anterior, fue que tan competidos consideraban los capitalinos las elecciones. En este tenor, el 82.9% afirmó que serían muy reñidas, el 10.7% asentó que poco y el 2.7% señaló que los comicios de agosto serían nada reñidos, contra 3.7% de ciudadanos que contestaron no saber nada al respecto.

En el análisis del proceso electoral de 1994, una serie de hechos violentos que en la coyuntura generaron diversas posturas, en este contexto 44.5% de los ciudadanos entrevistados dijo que el candidato triunfante en la elección enfrentaría problemas para asumir el poder; 47.5 de la muestra confió en que el candidato ganador no tendría problema alguno; mientras que el 8.0 no supo.

⁸⁸ Véase “Los ciudadanos y las elecciones” encuesta de Alianza Cívica en *La Jornada*, 30 de junio, 1994

⁸⁹ Véase “Pronostican violencia...”, op. cit.

3.4.6 Intención del voto

En esta materia resulta pertinente apuntar que hasta marzo de 1994, el Partido Revolucionario Institucional sufría una caída en la intención del voto, pero después de la muerte de su candidato, el tricolor fue recuperando simpatía entre el electorado.

Posteriormente, los efectos del debate entre los tres candidatos de los partidos políticos más grandes repercutió en la orientación del voto popular, toda vez que en mayo, el Partido Acción Nacional logró encabezar las preferencias electorales de los capitalinos con 35% de simpatía, frente al 28% de quienes se orientaban por Ernesto Zedillo y 14% por Cuauhtemoc Cárdenas.

Conviene señalar que el caso del Partido de la Revolución Democrática fue diferente, ya que se mantuvo estable en los índices de preferencia del electorado con al rededor de 18 puntos en intención de voto y nunca logró obtener una tendencia ascendente.⁹⁰

A pocas semanas previas a la celebración de los comicios presidenciales, Zedillo logró ubicarse por encima de sus principales opositores, y aunque la mayoría de los entrevistados estaban seguros de su preferencia electoral en 71%, un 10% afirma la posibilidad de cambiar su voto, mientras el 19% contestó no saber.

Resulta interesante observar como se manifestaron las tendencias o preferencias hacia los tres principales candidatos a la presidencia de la república, entre febrero y agosto de 1994, mediante la pregunta: si sólo hubiera tres candidatos a la presidencia ¿por cuál votaría usted?

<i>Intención del voto según candidato</i>				
candidato	% feb- mar	% abril	% mayo	% agosto
Colosio / Zedillo	35	45	36	41
Diego Fernández	19	16	31	27

⁹⁰Vease Encuesta. “Recupera Zedillo simpatías” Reforma agosto 13, 1994

Cuauhtemoc Cárdenas	20	21	20	22
Ninguno	17	12	7	5
No sabe	5	3	3	4
No contestó	4	3	3	1

Fuente: Reforma "Recupera Zedillo simpatías agosto 13, 1994

Como se puede apreciar en el cuadro anterior, la tendencia registrada por los candidatos del PRI y del PAN, osciló drásticamente en los periodos expuestos, lo que podría significar que las preferencias electorales pudieran estar marcadamente influidas por eventos de índole coyuntural, es decir, situaciones que no son estrictamente de las campañas, como el debate entre candidatos y la irrupción de la violencia.

Una encuesta elaborada por el Grupo Inter-unidades de Estudios Electorales de la UAM-Iztapalapa entre el 29 y el 31 de julio de 1994, registró los siguientes resultados: 42.3% de ciudadanos entrevistados afirmó que votaría por el PRI; un 25% lo haría por el PAN, mientras quienes darían su voto al PRD sería un 15.9%. asimismo, un porcentaje mucho menor dijo que sufragaría por otros candidatos. En este tenor el porcentaje de indecisos se ubicó en 8.3%..

La información anterior a la luz de los resultados finales de la elección presidencial de aquel año, permiten observar que la intención expresada por los encuestados conforma un escenario muy parecido sobre la posición que ocupó cada uno de los partidos políticos en la votación del 21 de agosto y donde el segmento de los indecisos pudo haber impactado en la votación obtenida por el PAN y el PRD.

Conclusiones

A partir de la reforma política emprendida en 1977; es un hecho que el proceso de pluralización se ha ido reafirmando en la sociedad y en el ámbito de lo estrictamente político, lo que sin embargo no ha excluido el hecho de que la población por si misma, haya conseguido captar nuevos elementos culturales del nuevo escenario político y esté adoptando nuevas pautas de comportamiento en su relación con la política.

El hecho de que se hable hoy en día, tanto de la cultura política de los mexicanos; de si cambió o no después de la insurrección electoral de 1988, o si bien por un largo proceso que pudo haber iniciado a partir del movimiento estudiantil de 1968; indica que efectivamente está sucediendo un fenómeno transformador de las actitudes políticas, que de manera general ejercen los ciudadanos.

La posibilidad de trascender en dicho fenómeno, es decir, en el dominio de la cultura política y las elecciones, depende en gran medida, de investigar cuáles son, que ideas tienen y que actitud asumen los ciudadanos frente a la política.

En tal virtud, los esfuerzos de quien se interese por este tema, deberá preocuparse de identificar las percepciones y actitudes de la población.

El objetivo es claro; conocer cuáles son las diversas razones e impulsos que motivan la participación y la orientación hacia un determinado personaje, un modelo político, o los factores que generan la abstención a participar, ya sea en las urnas o en el cotidiano ejercicio político.

Los instrumentos empíricos aplicables a las ciencias sociales como los estudios de opinión, deberán realizarse en un futuro cercano con apego estricto a metodologías objetivas, sus resultados dependerán en última instancia de que su diseño este bien planteado; así, las conclusiones finales serán confiables y en consecuencia calificarán

por ejemplo, las características de la participación y la percepción en el marco de una elección.

Asimismo, el diseño mismo de los cuestionarios que sean llevados a los ciudadanos, deberá contener reactivos que permitan conocer los aspectos propios de la cultura política y no solamente las preferencias electorales.

Es entonces prioridad de quienes ejercen la función de realizar estudios de opinión, aplicar el mayor rigor metodológico para perfeccionar y alentar la investigación en este terreno. Sin embargo, sería un grave error no reconocer que se ha dado un importante y significativo avance en la materia, los cuantiosos trabajos realizados en los últimos años, especialmente en la coyuntura electoral, indican el enorme interés por contribuir en este aspecto.

Respecto al análisis de la cultura política de los ciudadanos del Distrito Federal en la coyuntura electoral, ha reflejado a través de los estudios de opinión realizados, que un amplio sector de la población manifiesta su interés por participar en las elecciones.

No obstante que la población en general se muestra preocupada por sus problemas más cercanos como el económico, la inseguridad o la contaminación, este dato representa el impulso para participar en muchos casos.

Asimismo el valor atribuido al sufragio tiene diversos pesos, si bien para algunos representa un deber y una obligación, para otros el voto no significa cambio alguno.

Lo anterior refleja que la cultura política de los capitalinos no es homogénea, debido en parte al proceso de pluralización que se ha acentuado, lo que permite que la población observe a todas las fuerzas políticas que en los últimos años se han logrado afirmar en el espectro político.

En este tenor, a medida que los medios electrónicos adquieran credibilidad entre la mayor parte de la población y cumplan con su natural función de informar, será posible observar un aumento de la población informada de los asuntos políticos.

Ciertamente la cultura política de los capitalinos esta sufriendo cambios, pero dicho con mayor precisión, se han incorporado a ésta nuevos elementos que en la coyuntura electoral permiten observar rasgos y matices que en los próximos años indicarán si se ha transitado de la cultura política súbdito a la cultura política participante, o bien si este proceso tardará aún más.

Bibliografía

Aguilar Camín Héctor y Meyer Lorenzo A la sombra de la Revolución Cal y arena, México.

Almond Gabriel A. y Powell G. B., Política Comparada. Una concepción evolutiva, Paidós Argentina, 1972 , pp. 276 Versión en español Juan F. Marsal. Título original en inglés: Comparative Politics: a Developmental Approach, 1966, by Little Brown and Company (Inc.), Boston y Toronto

Almond Gabriel A. Y Verba Sidney La Cultura Cívica, Foesa, Madrid, traducción al español de The Civic Culture.

Alonso Jorge, Cultura Política y Educación Cívica. Porrúa/UNAM 1994, p.p.485

Becerra Pablo Javier, Las elecciones de 1991: La transición difícil. En POLIS 91 Anuario de Sociología. UAM 1991, p.p.415

Dowse E. Robert y Hughes John A. , Sociología Política, Alianza, Madrid 1990, pp. 557, versión en español de José María Rolland Quintanilla.

Fernández Méndez Jorge, “Cultura política y resultados electorales”, en Gobiernos. No.3 suplemento especial agosto/septiembre 1994, Secretaría de Gobernación 1994.

Gil Villegas Francisco, “Cultura Política: Estado Actual del Debate”, (ponencia) en Folios de Prospectiva y Proyección Nacional, IEPES-PRI, Tlaxcala Febrero 1990.

Gutiérrez Roberto, “El Campo Conceptual de la Cultura Política” en Argumentos núm 18, UAM-Xochimilco, México abril 1993.

Lamoyi V. Sebastián, “Introducción a la cultura política en México” en ELECTOR año 1, núm. 2, marzo 1994.

Loaeza Soledad, El llamado de las urnas. Cal y arena 1989

Molinar Horcasitas Juan, El tiempo de la legitimidad. Cal y arena 1991p.p.265

Paz Octavio, *El Laberinto de la Soledad México D.F. FCE*

Peschard Mariscal Jaqueline, Tesis de Licenciatura. UNAM 1978

Peschard Mariscal Jaqueline, La Cultura Política Democrática, Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática vol. 2, IFE México 1994.pp. 52

Reyes del Campillo Juan, "El mercado político electoral en el Distrito Federal", en Alonso Jorge Cultura Política y Educación Cívica, México 1994, p. 97,

Segovia Rafael, La politización del niño mexicano. El Colegio de México, 1977, p.p.164

Valdés Leonardo, "Las elecciones federales de 1991", en Las políticas salinistas: Balance a mitad de sexenio. UAM- Ixtapalapa 1993, p.p. 173

Woldemberg K. José, "Comentario", en Secuencia. Instituto Mora, México 1990

Fuentes hemerográficas

Coordinación de investigaciones de El Heraldo de México estudio de opinión realizado, "Piensa votar 70 por ciento de los capitalinos", El Heraldo de México marzo 7 de 1994.

de la Peña, Ricardo POLÍTICA suplemento en EL NACIONAL Noviembre 1990- agosto 1991 serie de encuestas realizadas por el Grupo de estudios de opinión G.E.O. 1991.

de la Peña Ricardo, "Fiebre de encuestas" en Política suplemento de El Nacional, agosto 19 de 1991.

de la Peña Ricardo y Toledo Rosario, "DF: confusión, participación", V encuesta de opinión. en Política suplemento de El Nacional, marzo 7 de 1991.

de la Peña Ricardo y Toledo Rosario, "El PRI sigue punteando, pero la gente no cree en el voto" VI encuesta de opinión. en Política suplemento de El Nacional, mayo 2 de 1991.

de la Peña Ricardo y Toledo Rosario, "Eclipse solar, ¿destello electoral?" VII encuesta de opinión. en Política suplemento de El Nacional, junio 27 de 1991

Gutiérrez Espíndola José Luis, "Cultura política: medios y conflicto", en política suplemento de El Nacional, marzo 28 de 1991

Estudios de opinión realizados por Reforma durante 1994

Quintana Enrique, "*La Guerra de la Encuestas*", en REFORMA, junio 13, 1994, p. 2A

"Pronostican Violencia luego de las elecciones" en Reforma 16 de junio 1994

“Puntea Zedillo; baja Diego” en REFORMA, 13 de agosto, 1994

Reforma “Recupera Zedillo simpatías agosto 13, 1994

Alianza Cívica encuestas realizadas durante 1994 en La Jornada 1994.

Zavala, Iván, crítica al trabajo realizado por Miguel Basañez, La Jornada 1994